

ARTÍCULO

# EN EL TERCER MUNDO MESTIZO,

DE LA MANO DE ALICIA

---

RODRIGO PÉREZ GIL



EDICIÓN NÚMERO 2 / ENERO - JUNIO DE 2015  
ISSN 2389 - 9794



# EN EL TERCER MUNDO MESTIZO,

DE LA MANO DE ALICIA

## Resumen

---

Las aventuras de Alicia recrean un proceso de iniciación, mismo que intentamos hacer atravesar en este ensayo a un lector del Tercer Mundo, aunque haya nacido en el Primer Mundo, armado con el Principio del Tercero Incluido. Las paradojas, que pertenecen al pensamiento tanto como a la vida, afirman dos sentidos a la vez y ellas no son contradictorias, sino que hacen aflorar la contradicción. La paradoja aquí es pasión del pensamiento y al mismo tiempo pasión de la vida, porque ella lleva en su corazón, en su nuez, precisamente, el principio del tercero incluido y el devenir más bien que el ser. Mientras que el pensamiento habría asimilado el sentido de las paradojas y el principio del tercero incluido, por ejemplo luego de que se descubrieran las geometrías no-euclidianas, resulta que en la vida común, en las instituciones, en la política y en la moral corriente sigue prevaleciendo una cultura heredada del anti-



guo Occidente, que da preponderancia al principio del tercero excluido y al puritanismo a él asociado, que niega las mezclas y trabaja con la partición, de cielo e infierno, de inocente y culpable, de Bien y Mal, de bestia o ángel, etc. Si es verdad que en el universo lo racional es apenas un conglomerado de islas minúsculas, el absurdo y el sinsentido tienen mucho sentido, aunque arriesgue ser escamoteado; en sus reinos hay mucha tela que cortar, habida cuenta de que estas entidades, sentido y sinsentido, no se excluyen tal como se excluyen lo verdadero y lo falso...

**Palabras clave:** Paradoja, desatino, sentido, sinsentido, tercero-incluido, tercero-excluido, partición, mestizaje, identidad, devenir, acontecimiento.

## Abstract

Alice's Adventures recreate an Initiation process, same we intent a Third World reader traverse, even if he happens to be a First World born, armed with the Third Included or *Tertium datur* Principle. Paradoxes, which belong to thinking and to life as well, assert two senses at once and they are not contradictories, though they make flourish contradictions. Paradox here is passion for thinking and passion for life at the same time, since it carries in its heart, in its core, precisely, the third included principle and that of becoming rather than being. It is palpable that whereas Thinking would have assimilated the sense of paradoxes and the third included principle, for example after the discovery of non-euclidian geometries, it happens that in common life, in politics, in the institutions and in the current moral practiced, prevails still a culture which we inherit from ancient Occident giving preponderance to the third excluded principle and to the Puritanism associated with it, which denies mixtures and works out with Partition, of heavens and hell, beast or angel, the Good and the Evil, innocent or guilty, etc. If it is true that in the entire real world rational is a conglomerate of very small islands, absurd and nonsense get much sense even if it risks to be neglected, in its kingdoms there is much stuff to cut it out, provided that sense and nonsense do not exclude themselves like do exclude true and false...

**Key words:** Paradox, foolishness, sense, nonsense, third-included, third-excluded, partition, cross-breeding, identity, becoming, event (or happening).

## 1. Prólogo<sup>1</sup>

---

A diferencia del *Patchwork* que hacía mi madre en su máquina de coser, en el que los retazos suelen diferir solamente por tamaño, color o diseño, lo que yo hago es una especie de *Crazy patchwork*, si tenemos en cuenta que en mi máquina de escribir coso parches distintos, no sólo por tamaño, color o diseño, sino que también por forma, materias, texturas y hasta por *temperamentos* de los retazos. Imaginemos pues que nos encontramos en una cabaña dentro de un bosque espeso, en abril; afuera llueve y llueve, a veces truena y adentro una chimenea arde mientras tú, ahora, gentil lector, vas desarrollando una colcha de retazos con el propósito de cobijar más bien que descobijar, atizando de vez en cuando el fuego en la chimenea...

Conviene reiterar que si escribo acerca de las paradojas en los libros de *Alicia* es precisamente porque alojo una suerte de anómalo, paradójico, arraigado en mí. Este anómalo viene a ser algo como una pieza que no embona en un rompecabezas; uno que en relación con cualquier grupo, aunque sea de dos, colectivo, partido, asociación, círculo, gremio, banda, club, multiplicidad, no puede estar nunca *dentro*, sino *entre*, en el borde; punto de frontera, por ejemplo, entre el místico y el descreído, entre el familiar y el no-familiar, entre el que duda y el que cree, entre el escritor y el no-escritor, entre el que sabe y el que no-sabe, entre el que habla y el que calla...

---

1. Una particular condición de estar siempre *entre*, nunca *dentro*, que me hacía decir con Groucho Marx: “Yo no pertenecería a un club del cual yo fuera socio”, no ha sido obstáculo, empero, para ser parte de un grupo de exploradores que han querido penetrar en el esquivo, intrincado, divertido y de repente inquietante reino de las paradojas, gracias a un ciclo de conferencias sobre estas entidades bajo la coordinación de Juan Diego Parra y el patrocinio del ITM, la Universidad Pontificia Bolivariana y la Biblioteca Pública Piloto en 2013 en Medellín. El presente ensayo, en su origen titulado: *Lewis Carroll y las paradojas*, es una revisión, corrección, poda y modificación de aquella conferencia.





## 2. Geniales puntos de acumulación paradójales

*La vida está llena de paradojas,  
lo mismo que la rosa de espinas.*

Fernando Pessoa

Si las cosas son como dice Pessoa, que la vida está llena de paradojas, más vale relacionarnos y amistarnos con ellas, a contrapelo de la educación tradicional que funciona con el principio del tercero excluido. Para entrar, pues, en calor, traigamos a cuento unas cuantas paradojas vitales. El aforista Lichtenberg –aquel que pone un pararrayos en un cadalso, ¡habrase visto!, ¡un pararrayos en un cadalso!... no sea que el rayo usurpe las funciones del verdugo, o sea del rey, y aún sea tan atrevido que fulmine al verdugo y deje ileso al condenado- supo muy bien invertir el arriba y el abajo cuando dijo que: “Más de una vez he dado la mano a alguien de arriba”. Lo más común es dar la mano a alguien de abajo, para que suba. Cuando se da la mano a alguien de arriba es para que baje..., y de pronto tenga la oportunidad de apreciar mejor la sociedad, pues desde arriba sólo se ven cráneos.

Bob Dylan, *Triple-man*, guitarra-armónica-voz, resulta ser un inquilino seguro de la Casa de Alicia, siempre joven y viejo al mismo tiempo; para cerciorarnos de ello no más abramos una que otra ventana con sus aforismos en Google: “Hay que aprender a avanzar retrasando el reloj”, y: “No hay nada tan estable como el cambio”, o aún: “Pues bien, el futuro para mí ya es cosa del pasado”. Dice también: “Si no tuviera dinero, podría ir de un lado a otro siendo invisible. Pero actualmente me cuesta dinero ser invisible. Es la única razón por la que necesito dinero”. O bien: “He hecho los zapatos para todos, y yo sigo descalzo”. Y: “Acepto el caos. Pero no estoy seguro de si él me acepta a mí”. Y luego: “El caos es un amigo mío”. También: “Para vivir fuera de la ley, debes ser honesto”. Y aún: “Me odio a mí mismo por amarte, pero tendré que sobreponerme a ello”..., pues “Amor es todo lo que hay, lo que hace al mundo girar, amor y sólo amor, no puede negarse. No importa lo que pienses, no serás capaz de hacer nada sin él”.



La siempre y sin par paradójica Emily Dickinson afirma, con Dylan, que: “Todo lo que sabemos del amor es que el amor es todo lo que hay”; sin embargo, ese amor ya resulta paradójico: “Contempla este pequeño tósigo [la autora escribe *bane*, no *poison*, palabra común para decir “veneno”; *bane* es ruina, azote, plaga, tósigo, tóxico]/ donde todo lo que vive,/ y tan común como desconocido,/ cuyo nombre es amor./ No tenerlo es miseria/ y tenerlo es herida./ Sólo –si acaso- el paraíso/ se hallará equivalente” (Dickinson, 2006, p. 357). Ahora que no sólo el amor es paradójico: “Aprendemos el agua de la sed/ y de la travesía de los mares la tierra,/ el éxtasis, de la angustia/ y paz del recuento de batallas,/ el amor de su hueco memorioso,/ de la nieve los pájaros”. Igual que la gracia a veces llega de manera insidiosa, retorcida, inesperada, la poeta enseña que los caminos de la providencia o del destino no son líneas rectas, sino que se tuercen, se doblan o vuelven sobre sí a menudo de manera paradójica: “Las mejores ganancias/ deben sufrir la prueba de la pérdida/ para hacerse ganancias” (Dickinson, 2006, p. 224).

Unos cuantos cronopios, que aprendieron a dar cuerda al reloj y a subir escaleras siguiendo instrucciones, encuentran todavía *bárbara*, tal como dicen los argentinos, esta suerte de paradoja especular del amor de aquellos que dicen con Julio Cortázar: “Creo que no te quiero, que solamente quiero la imposibilidad tan obvia de quererte, como un guante izquierdo [no tiene que ser de boxeo] enamorado de la mano derecha”.

El Antiguo Testamento nos sacude con la Prueba de Abraham, paradoja en la que se confunde o trastoca de nuevo el arriba y el abajo –tal como ocurre con el reflejo de los árboles al borde del río o de la laguna que les sirve de espejo-, al haber recibido este patriarca de lo alto, de Yahveh, del cielo, la orden más abyecta, más baja, la de sacrificar a su propio hijo Isaac, para probar su fe. Llevando hasta las últimas consecuencias el asunto encargado, como por una demostración por reducción al absurdo, Abraham pasa la prueba en el último instante cuando, dispuesto a sacrificar a su hijo, el ángel detiene su mano y le dice: “Detente, Abraham, pues tu fe te ha salvado”.

Sin necesidad de remitirnos tan lejos como Abraham y el Antiguo Testamento, he aquí la tarea, la encomienda paradójica del poeta, uno que finge hasta el dolor que realmente siente, esa tarea tortuosa, paciente y



arriesgada; pues, según le escribe Rimbaud a Paul Demeney en su segunda carta del 15 de mayo de 1871 (que encontramos en Wikipedia):

El primer objeto de estudio del hombre que quiere ser poeta es su propio conocimiento, completo; se busca el alma, la inspecciona, la prueba, la aprende. Cuando ya se la sabe, tiene que cultivarla; lo cual parece fácil: en todo cerebro se produce un desarrollo natural, tantos egoístas se proclaman autores; ¡hay otros muchos que se atribuyen su progreso intelectual! Pero de lo que se trata es de hacer monstruosa el alma, ¡a la manera de los comprachicos! Imagínese a un hombre que se implanta verrugas en la cara y se las cultiva. Digo que hay que hacerse vidente. El poeta se hace vidente por un largo, inmenso y razonado desarreglo de todos los sentidos. Todas las formas de amor, de sufrimiento, de locura; busca por sí mismo, agota en sí todos los venenos, para no dejar más que sus quintaesencias. Inefable tortura para la que se necesita toda la fe, toda la fuerza sobrehumana, en la que se llega a ser entre todos el gran enfermo, el gran criminal, el gran maldito –¡y el supremo sabio!, ¡pues llega a lo *desconocido!*...

Rimbaud completará el cuadro con esta declaración de principios: “Que nos concedan la Navidad sobre la tierra, no el cristianismo. Nunca he sido cristiano. No he pertenecido jamás a vuestra raza. ¡Sí, mis ojos están cerrados a vuestra luz, soy una bestia, un negro de raza inferior desde siempre..., pero puedo ser salvado!”. De esa manera el poeta enuncia por su cuenta la antigua paradoja del alma, a saber: Quien quiere salvar su alma arriesga y acepta perderla, y si pone todo el cuidado en salvarla, la perderá.

El siempre-paradójico-Franz-Kafka escribe un cuento, muy breve, acerca de un criado, tímido, al que no llaman para ningún trabajo, que encuentra a un hombre en una taberna, el cual resulta ser también un criado, que interpela al primero; hace que se siente a la mesa y oiga las preguntas que le quiere hacer y a las que aquel no sabe responder ni de lejos. Sólo se le ocurre decir: “Tal vez te arrepientas ahora de haberme invitado”; a lo que el otro replica: “Quédate, esto sólo ha sido una prueba. Quien no responde a las preguntas ha superado la prueba” (Kafka, 2006, p. 244). Ya veremos que algo como esto va a ocurrirle a Alicia, a la que se le están



planteando preguntas una y otra vez en sus aventuras; pruebas en las que fracasa y, sin embargo, de esa manera tendrá lugar su iniciación, que es salir del subterráneo, de las mezclas corporales en las profundidades, y vivir el sentido y los acontecimientos incorporeales en la superficie.

En otro cuento breve, ultra-paradójico y de una comicidad extrema, que se alojaría gustoso en la Casa del Espejo de Alicia, Kafka resalta la contigüidad entre lo familiar y lo no-familiar. Escaso en las antologías de sus cuentos, este lleva por título la primera frase con la que principia el mismo:

¡El gran nadador! ¡El gran nadador!, gritaba la gente. Yo venía de los Juegos Olímpicos de X, donde había batido un récord mundial de natación. Desde la escalinata de la estación de ferrocarril de mi ciudad natal —¿dónde es?— contemplaba la multitud, a la que se veía borrosa debido al crepúsculo. Una muchacha, cuya mejilla acaricié fugazmente, me colgó con suma habilidad una cinta en la que habían puesto en una lengua extranjera, *Al campeón olímpico*. Apareció un automóvil, unos señores me hicieron subir a empujones [...]. Poco después estábamos en una sala de actos, un coro cantaba desde la galería, cuando entré todos los invitados, varios cientos, se levantaron y gritaron al unísono una frase que no acabé de entender. [...] A la señal de una campana, el gordo situado frente a mí se levantó y pronunció un discurso. ¿Por qué estaba tan triste aquel hombre? Mientras hablaba, se palpaba el rostro con el pañuelo, algo desde luego lógico y comprensible teniendo en cuenta su gordura, el calor reinante en la sala y el esfuerzo inherente al discurso; pero observé con claridad que solo se trataba de una argucia destinada a ocultar el hecho de que se enjugaba las lágrimas de los ojos. Cuando acabó, me levanté, claro está, y también pronuncié un discurso. Me urgía hablar, reamente, pues a mi juicio algunos puntos debían aclararse de manera pública y abierta, aquí y probablemente en cualquier otro lugar. Por eso empecé de la siguiente manera: ¡Estimados invitados! Admito haber batido un récord mundial, pero si me preguntaran cómo lo conseguí, no podría ofrecerles una respuesta satisfactoria. De hecho, para serles sincero, no sé nadar. Siempre quise aprender, pero no se presentó la oportunidad. ¿Cómo pudo ser entonces que mi patria me enviara a los Juegos Olímpicos? Esa es precisamente





la cuestión que me ocupa. En primer lugar debo constatar que esta no es mi patria y que a pesar de todos los esfuerzos no entiendo ni una palabra de cuanto aquí se dice. Lo más lógico sería pensar en una confusión, pero no es el caso, batí el récord, viajé a mi tierra, me llamo como ustedes me llaman, hasta este punto todo es cierto, pero a partir de aquí ya nada es cierto, ni estoy en mi tierra, ni los conozco a ustedes, ni los entiendo. Sin embargo, me gustaría añadir algo que no contradice exactamente, aunque sí de algún modo, la posibilidad de una confusión: no me molesta demasiado no entenderlos, y a ustedes tampoco parece molestarles demasiado no entenderme. (Kafka, 2006, pp. 191-192)

Valga decir que Freud hizo una minuciosa pesquisa etimológica –en la introducción a un relato de E. T. A. Hoffmann, *El hombre de la arena*- en la vena de ese cuento de Kafka, con los términos *Heimlich* (familiar) y *Un-heimlich* (*weird* en inglés, *uncanny*, extraño, no-familiar, no-conocido, siniestro), mostrando su contigüidad, y hasta su reversión mutua: lo familiar, conocido, se vuelve de repente no-familiar y, recíprocamente, lo no-familiar toma de golpe la apariencia de lo conocido. Dice Freud que: “*Heimlich* es una voz cuya acepción evoluciona hacia la ambivalencia, hasta que termina por coincidir con la de su antítesis, *Unheimlich*” –obsérvese cómo pareciera estar muy cerca de definir precisamente una paradoja lógica, esto es, aquella proposición que, si es verdadera, resulta ser también falsa, y si es falsa, resulta también verdadera; de ahí pues que el cortocircuito donde se juntan la carga eléctrica positiva con la negativa, el más y el menos, ilustra las paradojas.

Hay que anotar que la segunda parte de *Alicia*, que arranca cuando la niña está a punto de cruzar el espejo, se abre con una reflexión que evoca de alguna manera este cuento de Kafka. Alicia piensa que lo que uno ve, mirando desde este lado del espejo, de la casa del espejo al otro lado, es idéntico a esto, aunque invirtiendo derecha e izquierda..., pero lo que no vemos –mirando desde este lado de la casa del espejo- bien puede ser, y de hecho será, muy distinto a lo de este lado...

El humor paradójico de Kafka lo cubrirá como una mortaja de alas negras en esta postrera paradoja de su vida: poco antes de morir, con tubercu-



losis pulmonar y tuberculosis en el esófago, ya sin voz, igual que Josefina la cantora, héroe del pueblo de los ratones en su último relato, hablando a través de papelitos garrapateados a vuelo de pájaro, aquejado por colosales dolores y en medio de la hambruna y el horror del Berlín pre-nazi en 1924 cuando medio kilo de manteca costaba seis millones de marcos, Kafka le dice al joven médico y amigo suyo, doctor Klopstock: “Si no me matas, eres un asesino”.

En las lecciones de los últimos dos meses en el Collège de France, dedicadas al estudio de los cínicos en la Antigüedad, sobre todo al caso del muy singularísimo Diógenes, Michel Foucault plantea la Paradoja del Cinismo. Esos cínicos, que practicaban la templanza, la morigeración, la justicia, el desapego, la renuncia a los bienes materiales, la resistencia, el coraje, la adhesión a la naturaleza y la franqueza en el decir –virtudes tradicionalmente acogidas por la mayoría de las filosofías-, habían bebido, en efecto, de las fuentes de los presocráticos, del mismo Sócrates, de Antístenes, de los epicúreos, de los estoicos y de otras doctrinas filosóficas, pero al llevar sus principios al límite, hasta las últimas consecuencias, como en la cinta de Moebius, a fuerza de seguir las cosas lejos en la misma dirección, cambiaron en muchos casos su sentido original. He aquí la Paradoja del Cinismo, en cuanto que constituye los elementos más comunes de la filosofía en otros tantos puntos de ruptura para con ella:

El cinismo interpretaría, de alguna manera, el papel de espejo roto para la filosofía antigua. Espejo roto donde todo filósofo puede y debe reconocerse, en el cual puede y debe reconocer la imagen misma de la filosofía, el reflejo de lo que ésta es y de lo que debería ser, el reflejo de lo que el propio filósofo es y de lo que querría ser. Y al mismo tiempo, en ese espejo percibe algo así como una mueca, una deformación violenta, fea, desgraciada, en la cual no podría en ningún caso reconocerse ni reconocer a la filosofía. (Foucault, 2010, p. 244)



### 3. Siglo XIX, Inglaterra: progreso tecnológico y modernidad decodificadora

A mediados del siglo XIX Inglaterra brillaba resplandeciente con la Gran Exposición Universal, que presidió la Reina Victoria en el llamado Palacio de Cristal levantado en el Hyde Park de Londres: “El 1 de mayo de 1851 ha sido el día más grande de nuestra historia, el más grande, inmenso y conmovedor espectáculo que se ha visto jamás [...] Es el día más feliz de mi vida”, confesó la reina deslumbrada, junto con los demás visitantes a la exposición, por variados artículos exóticos venidos de colonias inglesas: un elefante de Asia, un diamante extraído de las minas en Sudáfrica y protegido con severas medidas, entre otros muchos tesoros. Esa prosperidad, optimismo y respetabilidad tenían, sin embargo, un costo muy alto: hambrunas generalizadas y brotes del cólera en Londres en los años 1831, 1848, 1853 y 1854. Pensadores ingleses como Carlyle y Ruskin desenmascararon las contradicciones morales que entrañaba ese progreso; Tennyson, el poeta: “todo progreso tiene su regreso”. Para echar más leña al fuego del desconcierto apareció, en 1859, la obra de Darwin: *La evolución de las especies*, que hizo revisar la posición del hombre en el mundo, en relación con Dios y frente a las demás especies animales: resulta que el hombre no es un privilegiado ni es un punto terminal de la evolución, no viene de la mano de Dios en un solo día por obra y gracia del Espíritu Santo, sino que desciende del mono y tiene algo del pez, y hasta de la mosca.

Durante esos años iniciales del reinado de Victoria, 1850-1870, abundó en Inglaterra una literatura plagada de moralejas y buenas intenciones, dirigida a la clase media y a los niños. Se pretendía que las obras literarias llenaran el vacío dejado por la religión, en franca caída. Y es que al mismo tiempo, en contraste con aquella literatura edificante y contra el sentido común, aparecieron obras que atacaban los convencionalismos, los códigos y la misma moral victoriana; por ejemplo, el énfasis dado al éxito, al arribismo social y al esfuerzo personal, o bien la idea protestante de la predestinación, que Carlyle defendía y que hacía parecer irrisoria la desigualdad social, como algo inexorable, como cosa de la Providencia, a fin de cuentas, ateniéndose a la máxima *Might is right*: “lo que se impone es correcto” o, según Darwin, sobreviven los más aptos, los más fuertes; una



versión de la “ley del embudo” que pregonaba Carlyle, y de la que Nietzsche se burló en su momento, pues, a la larga, *lo duro no dura*.

La reina Victoria, viuda a los 42 años, se volvió inconsolable, se vistió de negro y se encerró. En una cena con invitados era común que interrumpiera a uno u otro de forma cortante: “Esto no es de nuestro agrado”, lo que evoca enseguida, en *Alice in Wonderland*, la manera como la Reina Roja zanja los asuntos. Así, cuando Alicia quiere mostrarle que no fue en vano a la escuela, y le dice que la Tierra *ejecuta* un giro completo alrededor de sí misma en veinticuatro horas, la duquesa interrumpe y replica: “Hablando de ejecutar, ¡que le corten la cabeza!”.

Por algo le gustó tanto a la reina Victoria la novela de Carroll, al punto de enviarle una nota, en la que le pide que le envíe su próxima obra. Pero, tan de malas la reina que la próxima obra que escribiría Carroll, y que él se apresuró a enviarle una vez publicada, fue un *Tratado de matrices y determinantes*. Al menos el capítulo que trataba sobre matrices pudo haberle interesado a la venerable Reina, célebre por sus dolores menstruales, ¿o eran menopáusicos?

En la misma medida que el capitalismo tomaba fuerza y carburaba a todo vapor con el colonialismo y la naciente industria textil, crecía una decodificación en todos los órdenes, muy propia del capitalismo, de la modernidad. Ese dislocamiento o trastrocamiento se hizo patente, por ejemplo, con la ruptura que produjo el pasaje de la física clásica (Newton) a la física cuántica ya en el siglo XX (Heisenberg); ocurre también que, en lo micro, los corpúsculos se comportan como ondas. La geometría de Euclides, que parecía la única que daría cuenta del mundo físico de una vez para siempre, dio paso, en la segunda parte del siglo XIX, a geometrías no euclidianas en las que el axioma de las paralelas no se cumple, pues en una de ellas se juntan.

El proceso de decodificación generalizada se hizo sonoro en la nueva música dodecafónica y moderna que irrumpe en Austria (Webern), en Francia (Debussy) y en Rusia (Stravinsky) desde las primeras décadas del siglo XX; se hizo legible en la literatura de James Joyce, William Faulkner o Virginia Woolf, y se hizo visible en la pintura, sobre todo, de Vincent Van Gogh y los tres Pablos: Cézanne, Gauguin y Picasso, artistas cuyos cuadros escandalizaron a



la bienpensante sociedad inglesa en una exposición de postimpresionistas que el grupo de Bloomsbury —encabezado por el pintor Duncan Grant y por Vanessa Stephen, hermana pintora de Virginia Woolf— organizó en Londres hacia 1910. El evento, dijo un testigo, fue, si no un *earthquake* (temblor de tierra), sí un *artquake* (temblor del arte): hubo indignación y rechazo casi unánimes entre los asistentes: que eso era una marranada, que ni siquiera un niño podría pintar así, que era cosa de locos; hubo quien escupiera, literalmente, sobre los cuadros. La observación de Virginia, en cambio, fue: ¡Qué no son seis manzanas de *Cézanne!*, cuando una naturaleza muerta —*nature mort*— deviene *still living*, todavía viva, rediviva, maña del pequeño gran Cézanne que había dicho: “Asombraré a París con una manzana”, y lo consiguió al hacer visible lo invisible, al pintar las *fuerzas de germinación* de una manzana. ¿*Nowhere?* ¿En ninguna parte? ¡*Now-here!* ¡Ahora-aquí! ¡Asombró también a Londres!

\* \* \*

## 4. El Tercero Excluido

En Francia, para ingresar a la Academia de Bellas Artes que lo rechazó en primera instancia, el joven Cézanne había presentado un cuadro: *El asesinato*, que de manera abrupta rompía con la representación clásica y estaba muy cerca ya del estilo de Van Gogh; más cerca de una “violencia de la sensación” que de una violencia de la representación (la expresión: “violencia de la sensación” es de Francis Bacon, que quería pintar el grito, no el horror, ése que aparece bien representado en tantos enlatados gringos, en las noticias de la tele y en los *media*. Aquella pintura de Cézanne sería rechazada por el jurado evaluador: “Pinta caóticamente”, fue el juicio. Henri Rochefort, crítico, escribía en 1903 en *El Intransigente*, tres años antes de morir Cézanne:

*El amor de lo feo*: ¿No vio nunca este desgraciado de cerca un Rembrandt, un Velásquez, un Rubens o un Goya? Pues si Cézanne tiene razón, entonces todos estos grandes pintores están equivocados. El amor a la fealdad física y moral es una pasión como otra. (Citado por Rewald en su biografía de Cézanne)



Desde la postura de un abogado del principio del Tercero Excluido: si Rembrandt y Velásquez eran tan grandes pintores, Cézanne, tan radicalmente distinto a aquellos, no podía ser un gran pintor.

En la vida, en la literatura, en las artes, no hay líneas rectas. El pasaje de lo clásico a lo moderno es traumático: el derrumbe de los códigos establecidos, el derrumbe de la *representación* y de la identidad que la acompaña. En franca oposición al movimiento ascendente de ruptura de códigos, la época victoriana quiso hacer prevalecer, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, el buen sentido y el sentido común. El “buen sentido” señala un sentido único, que va del pasado hacia el futuro previsto, y el “sentido común” que asigna identidades fijas, roles, hábitos, disciplinas. El puritanismo inglés fue la forma como se expresó, en la moral, esa época victoriana, puritanismo originalmente incubado en un horror exacerbado a la sífilis y demás enfermedades de transmisión sexual, que habían cobrado sus presas entre la nobleza. En la política colonial, la forma como se expresó esa época fue el racismo, disimulado y apuntalado con la idea darwiniana de la supervivencia del más fuerte.

Bajo esa opresiva y sofocante atmósfera puritana, tanto la misoginia como la homofobia se volvieron trofeos de caza. Los ingleses se sentían orgullosos de practicar la una y la otra. Sir Arthur Quiller Couch, ilustre primer catedrático de letras inglesas en la Universidad de Cambridge en Londres, iniciaba sus conferencias, dirigidas a un auditorio compuesto en su mayoría por mujeres en la década de 1920, con las palabras: *Dear gentlemen* (Apreciados caballeros). Sólo en 1919 votarían las mujeres en Inglaterra, muchos años después de que se declarara el Sufragio Universal, y ello por el coraje de muchas de ellas, como Virginia Woolf, quien decía que las mujeres en Inglaterra habían servido de magníficos y fabulosos espejos donde los hombres tenían la gracia de verse reflejados dos veces más grandes de lo real.

¿Cómo no iba pues esa Inglaterra puritana a fabricar sus chivos expiatorios? Así llevó a la cárcel y a la muerte a Oscar Wilde y condujo al suicidio a Alan Turing, por el “delito” de ser homosexuales y tener a la vez una chispa de genio. Turing, nacido en 1912 en Londres, fue el precursor de la informática, al inventar una máquina electrónica de cómputo. No era creyente, lle-



gó a sugerir que esas máquinas habrían de ser tan inteligentes o más que los hombres y era homosexual; por eso a Turing se le procesó y le obligó a escoger entre la castración química (tratamiento hormonal para reducir la libido) o la cárcel. Turing optó por la primera alternativa al dejarse inyectar estrógenos, lo que dañó de tal manera su cuerpo y alma que dos años después se comió una manzana con cianuro. Su madre dijo que había sido un accidente, en lugar de pensar en el caso de Eva y preguntar por cuál había sido el demonio que le dio a su hijo la manzana y lo incitó a comerla: chivo expiatorio, caso palmario de un suicidado por la sociedad.

Hacia 1910, la misma época de la exposición de los postimpresionistas en Londres, Virginia Woolf, de 27 años, junto con su hermano Adrian y cuatro miembros del grupo de Bloomsbury, darían un golpe risible a la tal respetabilidad inglesa cuando, disfrazados de negros etíopes –Virginia, con bigote lideraba la comitiva como Príncipe emisario del Zultán de Zanzíbar, Abisinia (Etiopía)- hicieron que los recibiera el capitán y la oficialidad del acorazado *Dreadnought*. Hablaban con mínimas palabras y con interjecciones; se suponía que no hablaban inglés, salvo Adrian, intérprete, y Virginia exclamaba de vez en cuando ¡*Bunga-Bunga!*, cuando les mostraban algo que era de admirar, con voces y gestos que habían ensayado frente al espejo antes del evento. Tuvieron el cuidado de no comer nada durante el mismo por miedo a perder barbas, patillas o bigotes pegados de manera precaria. Muchos años después, el humor de Virginia Woolf le alcanzaba para decir que se alegraba de haber servido a su patria, pues, a raíz del suceso, la Marina Inglesa había reforzado las medidas de seguridad.

Ahora bien, esa misma sociedad inglesa abocada al trabajo, los hábitos y la moral, y sufriendo los rigores de una humedad y un clima físico y espiritual no muy felices, incubó sin embargo, o por ello mismo, una serie de fabulosos inventores prodigiosos a lo largo de los siglos XVIII y XIX: la máquina de vapor, el teléfono (Graham Bell, escocés), la locomotora, la televisión, la luz eléctrica, la máquina de escribir (Henry Mill, 1714), el inodoro, el condón, el cepillo de dientes (1770). Inventaron también muchos juegos: fútbol, tenis, ping-pong, billar, damas, rugby, juegos de casino, etc. En esa ola se montó Lewis Carroll para surfear; *homo ludens* que se realiza jugando, a contracorriente de aquella seriedad y sensata respetabilidad inglesas.



Trastornando el buen sentido y el sentido común, irrumpió a la vez en Inglaterra una *literatura del desatino*: los versos de Edward Lear y la obra de Lewis Carroll, entre 1860-1874.

## 5. Carroll, buen sentido y desatino

Lewis Carroll nació en 1832 en el condado de Cheshire (donde orlaban quesos con forma de gato sonriente). Ese era el seudónimo del lógico-matemático Charles Dodgson, zurdo y algo tartamudo, igual que sus nueve hermanos (dos hombres y siete mujeres) por lo que se sentía excusado de predicar en el púlpito; aunque tartamudeaba a gusto fuera de la iglesia. Decía que “Ha-aaa-blblblaar es un ma-ma-raviiii-llo-so allana-mi-mieeee-ento de di-di-fi-cultades”.

De un lado, Charles Dodgson, hombre de vida ordenada, casta, apacible, diácono –nunca se ordenó-, remilgado, altivo, filisteo en política y en moral, conservador, profesor aburrido en clases, autor de un libro de geometría, etc.; un burgués británico. De otro lado, y en contraste, Lewis Carroll, bello, zurdo, sordo de un oído, domesticador de serpientes; editor, siendo niño, de revistas escritas para niños; inventor de una caja de sorpresas y de juegos de palabras, de aparatos inútiles y otros, como un aparato para leer a oscuras, un billar circular; prestidigitador, artista del birlibirloque, insomne; tenaz coleccionista de bicicletas y triciclos, de cajas de música –su truco favorito era ponerlas a sonar al revés, a la manera del Cangrejo, como en la *Ofrenda Musical* de Juan Sebastian Bach.

Carroll era, además, fotógrafo de niñas, vestidas y semidesnudas; decía que la desnudez no les lucía mucho a los niños. Aquello que aguijoneaba su espíritu eran sobre todo las paradojas; en carta a una hermana suya pone a dialogar de forma peculiar a una criatura:

Niñita: – Estoy tan contenta de que no me gusten los espárragos

Amiga: –¿Por qué, querida?

Niñita: –Porque si me gustaran, tendría que comérmelos, ¡y los detesto!





Carroll hablaba de un amigo con unos pies tan grandes que se tenía que poner los pantalones por la cabeza.

Es como si este autor, zurdo contrariado –a quien obligan a escribir con la derecha, probablemente de ahí su tartamudeo-, hubiera escrito con la diestra sus libros didácticos de lógica y matemáticas, firmados con su apellido de sangre que hay que pronunciar como tartamudeando, “Dodgson”; mientras que con su mano izquierda y el seudónimo Lewis Carroll escribía las novelas: *Alice’s adventures in Wonderland*, *Alice through the looking glass and what she found there*, el poema *The Hunting of the Snark* y otras obras de ingenio y de fábula, además de presentar curiosidades como la cinta de Moebius, en la que es posible pasar de un lado a otro sin cambiar de dirección, sólo siguiendo la superficie, tal como ocurre con Alicia al cruzar el espejo, cuando se invierten derecha e izquierda no más siguiendo lo suficientemente lejos y lo bastante superficialmente la línea del borde, la frontera...

G. K. Chesterton, nacido en Inglaterra en 1874, el mismo año en que se publicó *Alicia a través del espejo*, escribió a comienzos del siglo XX un breve ensayo: “Defensa del desatino”, donde dice que la:

Perdurable infancia del mundo se manifiesta sobre todo por los asuntos realmente nuevos, bruscos y originales de cada edad; y si nos preguntamos cuál fue la mejor prueba de esta intrépida juventud en el siglo XIX, diríamos, con el mayor respeto por sus portentosas ciencia y filosofía, que ella habría de encontrarse en los versos de Mr. Edward Lear y en la literatura del desatino.

Asegura Chesterton en el ensayo que en el fondo del desatino yace la idea de una: “evasión hacia un mundo donde las cosas no están horriblemente fijadas en una eterna justeza, donde los perales dan manzanas [o el olmo peras] y cualquier hombre raro con que uno se cruce puede tener tres piernas”. Charles Dogdson, según Chesterton, vivía una vida en la cual: “habría tronado moralmente contra cualquiera que caminara sobre la parcela de hierba que no le correspondía, y otra vida en la cual habría llamado alegremente verde al sol y azul a la luna”. Así que su vida era: “por su misma índole dividida, con un pie en cada uno de los dos mundos, un



tipo perfecto del desatino moderno”. Chesterton refiere que a principios del siglo XX la literatura del futuro: “tiene que ofrecer su propia versión del cosmos; el mundo no debe ser solamente lo trágico, lo religioso, debe ser también lo desatinado”.

En el siglo XIX se descubrió precisamente, en rigor, a los niños, por lo menos en Occidente, pues antes ellos no existían como seres singulares; no tenían alma para los adultos, como no la tenían los indios para los españoles conquistadores. Los niños no eran sino futuros adultos, o bien, adultos en miniatura. Todavía algunos hombres de Estado dicen: “Los niños son el futuro de la patria”, en lugar de decir que son el presente de la nación. El siglo XIX descubre a los niños, a la vez que lo que se llama libros del absurdo.

Chesterton, cuya obra sin duda inspirara, tanto como el autor de *Alice* al genio de otro *homo ludens*, Julio Cortázar, sostuvo que los libros del absurdo son tan íntegramente:

Producto de nuestro tiempo que deberíamos valorarlos igual que la electricidad o la instrucción obligatoria. Constituyen un descubrimiento enteramente nuevo en la literatura: que la incongruencia misma puede tener una cierta armonía, que tal como hay belleza en las alas de un pájaro porque evocan el anhelo, también puede haberla en las alas de un rinoceronte porque provocan risa. Lewis Carroll llega a alcanzar la grandeza en esta insensatez. Pero es cuestión de justicia agregar que esta invención puede criticarse en su aspecto educacional. Debemos evitar, sobre todas las cosas, confundir los aspectos de la infancia que son gratos a los niños con aquellos que nos son gratos a nosotros. La gran literatura del absurdo tiene un valor enorme, pero puede sostenerse razonablemente que existe en su mayor parte sólo para adultos. No son los niños quienes deberían leer las obras de Lewis Carroll; ellos emplean mejor su tiempo haciendo tortas de barro. Son más bien los sabios y los filósofos de cabellos grises quienes deberían pasar la noche en vela leyendo *Alicia en el país de las maravillas* para estudiar ese oscurísimo problema de la metafísica que es el límite entre la razón y lo irracional, y la naturaleza de la más mutable de las fuerzas espirituales, el humor, que baila enteramente entre ambos. Que



realmente encontremos placer en ciertas historias largas y complicadas, en ciertas enredadas curiosas formas de dicción, que no tienen ningún significado inteligible, no es tema para que jueguen los niños: es un tema para que los psicólogos se vuelvan locos. Somos nosotros, las personas maduras, quienes hemos inventado el absurdo, siguiendo nuestro gusto por lo sin ley. Nos sumimos en el abracadabra y el sésamo tal como nos sumimos antes en el espiritualismo y los cuentos de hadas célticos, porque nos dominaba una eterna impaciencia para con nuestra propia tierra monótona [...] Pero hay que ver que el niño [sigue diciendo Chesterton] está en posición inconmensurablemente superior. Para él la tierra no es monótona; para él no hay necesidad de libros. Ese elemento salvaje y poético que evoca en nosotros el Duende de la Nariz Luminosa, lo evoca en él cualquier individuo corriente. Para el niño –prototipo del verdadero filósofo– es bastante extraño y humorístico el simple hecho de tener nariz. [...] El niño no necesita de los disparates: para él, el universo entero es disparatado, en el sentido más noble de esa noble palabra. Un árbol es algo pesadísimo y fantástico, un burro es tan emocionante como un dragón. Todos los objetos se ven a través de un cristal de aumento. (Chesterton, 2012, pp. 24-26)

Termina Chesterton diciendo que: “Un niño tiene innumerables puntos de inferioridad con respecto a nosotros; no tiene sentido de la experiencia, dominio de sí mismo; sobre todo, no tiene sentido de la emoción profunda, ni conocimiento de esos grandes dolores que hacen que la vida valga la pena”. Pero, a falta de todo esto: “tiene una verdadera superioridad. Pues nosotros avanzamos continuamente hacia el descubrimiento de nuevos mundos estéticos, y justo el último de los descubrimientos que hemos hecho en este terreno es el del universo del disparate. Pero el niño ha descubierto ese universo con una mirada, y las primeras miradas son las mejores”.

Virginia Woolf se refería a Lewis Carroll en uno de sus ensayos: Sobre estar enfermo, del libro: *The moment and other essays*; aseguraba allí que: “los libros de Alicia no son libros para niños, sino libros mediante los cuales nosotros, lectores adultos, volvemos a ser niños de nuevo”. Por supuesto que devenir-niño no se dice en sentido literal, y es bien diferente de un infantilismo en el adulto o una regresión infantil, rasgo característico del



hombre moderno promedio engolosinado con los juguetes de la nueva tecnología. Devenir-niño, en cambio, dice Woolf: “es ser muy literal; encontrar todo tan extraño que nada es sorprendente; ser sin corazón, ser despiadado, empero ser tan apasionado que un desaire o una sombra cubre el mundo en tinieblas”. Sabemos que estando ya casada, poco tiempo después de haber superado una larga y severa crisis emocional, para una fiesta en la noche de *halloween* de su sobrina Angélica, teniendo que escoger un personaje de *Alicia en el país de las maravillas*, Virginia, más bien piernilarga, se puso unas orejas larguísimas e hizo de Liebre de Marzo: “puesto que loca ya lo estoy”, dijo entonces para reír junto con las niñas que la querían por lo espontánea y cariñosa.

Pero volvamos al desatino. En ¿Qué es la filosofía? Gilles Deleuze y Félix Guattari presentan la concepción de dos tipos de Idiotas. Es evidente que gracias a su lectura de Dostoievski (en la novela *El idiota*), les permitió de las garras de Kant:

El idiota antiguo pretendía alcanzar unas evidencias por sí mismo: entre tanto dudaría de todo, incluso de  $3+2 = 5$ ; pondría en tela de juicio todas las verdades de la naturaleza. El idiota moderno no pretende llegar a ninguna evidencia, jamás se ‘resigna’ a que  $3+2 = 5$ , y quiere lo absurdo; no es la misma imagen del pensamiento. El idiota antiguo quería lo verdadero, pero el idiota moderno quiere convertir lo absurdo en la fuerza más poderosa del pensamiento, es decir crea. El idiota antiguo sólo quería rendir cuentas a la razón, pero el idiota moderno, más cercano a Job que a Sócrates, quiere que le rindan cuentas de ‘cada una de las víctimas’ de la Historia. Jamás aceptará las verdades de la Historia. El idiota antiguo quería darse cuenta por sí mismo de lo que era o no era comprensible, era o no era razonable, estaba perdido o a salvo, pero el idiota moderno quiere que le devuelvan lo que estaba perdido, lo incomprensible, lo absurdo. (Deleuze y Guattari, 1995, p. 64)

Un lazo tenue une a ambos idiotas, como si el primero tuviera que perder la razón para que el segundo volviera a encontrar lo que el otro había perdido de antemano [al ganar la razón]. ¿Un Descartes en Rusia que se ha vuelto loco?



## 6. Excéntrica y conspicua Inglaterra

Inglaterra es una isla, ya por ello excéntrica en relación con Europa y el resto del mundo. Allí los carros van por la izquierda, como circulando en la casa del espejo en relación con el resto del mundo. La isla está dotada de inmejorables virtudes para que un ciudadano sensible tienda irrefrenablemente a *escaparse* a través del cultivo del pensamiento, del arte y la literatura. ¿Qué virtudes son éstas? A saber, un extremo frío en invierno, el pesado y bajo techo de nubosidad gris que aplasta al peatón y vaga, todavía y vivamente, en los cuadros de Whistler, como niebla por los suburbios de la antigua Londres; su clima insular bochornoso y húmedo durante la mayor parte del año y la mezcla singular de pueblos y razas: vikingos que llegaron del norte, de Escocia, Escandinavia; romanos cristianos que llegaron del sur, y celtas, bretones, anglos, etc.; todo ello incubó una legión, aunque no fuera grande en número, de geniales y singulares individuos que se inventaron mundos dentro de este mundo; que se fugaron, no para huir del mundo, sino para mejor agarrarlo. Además de geniales inventores, por ejemplo el escocés que descubrió la vacuna contra la viruela; en el mismo siglo XIX florecieron pintores, poetas y grabadores, como Turner y Blake, Coleridge y John Keats; narradores capaces de crear mundos fantásticos, que se adelantaron al tiempo; precursores, como Julio Verne, al prever lo que iba a llegar, o Samuel Butler con su novela *Erewhon*, que predice el inminente Mundo de las Máquinas; creadores de híbridos fabulosos, como aquel que compone Joseph Conrad entre el rudo e incansable colonizador Kurtz (blanco-alemán-colonizador-cazador-de-colmillos-de-elefante) y los negros, hombres y mujeres de la selva africana, en *El corazón de las tinieblas*; en el siglo XVIII (1726) el irlandés Jonathan Swift describe en: *Los Viajes de Gulliver*, el país de Laput y la Gran Academia de Lagado: en ese país los matemáticos delirantes de Laput y los sabios maníacos de la Gran Academia de Lagado son los antihéroes científicos, precursores de los que lideraron el catastrófico siglo XX en Europa y América Latina, que devastaron el propio país y redujeron la población a la miseria en nombre del saber y de la política, en nombre de la política y de la religión en Colombia...

## 7. El Aprendizaje y la Partida, Homeopatía del Mal en el Tercer Mundo

La trayectoria de Alicia y sus vicisitudes corresponden a un proceso de iniciación. Tal como expresa Michel Serres en *El Tercero instruido*: “La errancia de los niños es el significado desnudo de la palabra griega pedagogía”. *Pedagogo* solía llamarse al esclavo adulto que llevaba al niño a la escuela y lo instruía en el camino. La doble asimetría aquí puesta en juego entre el adulto y el niño, entre el noble y el esclavo, entre el que sabe y el que no sabe, esa doble asimetría hace que el juego pedagógico se retroalimente y funcione entre los dos.

Alicia es literalmente seducida, palabra del latín *sedúcere*, que quiere decir: “llevar aparte”, al túnel subterráneo detrás de un conejo, en la primera parte; al *otro lado del espejo*, en la segunda. Y ya se sabe, toda iniciación tiene su parte de crueldad, véase cómo era la cosa entre las tribus salvajes, entre las indias wayuu, por ejemplo, para salir de la adolescencia y entrar a la pubertad.

En el país de las maravillas, esta niña, que unas veces crece y otras decrece, va siempre en los dos sentidos a la vez, presa de un devenir que nunca es presente, sino pasado y futuro, lo que hace que ella pierda la identidad, la suya, la de las cosas y la del mundo. Como aquel criado tímido en el cuento de Kafka, la niña sufre y fracasa en todas las pruebas del sentido común. Fracasa en la prueba de la conciencia de sí a la pregunta que le hace de sopetón la Oruga Azul: “*Who are you?*”. Fracasa también en la prueba de reconocimiento del objeto en el bosque que no se deja identificar, donde las cosas pierden su nombre; también ella pierde su nombre. No da pie, además, en la prueba de la memoria cada vez que intenta recitar un poema que alguna vez aprendió como tantas otras niñas *buenas* como era ella misma. Quien oye a Alicia –la Oruga sería la primera– en el intento de recitar uno de esos poemas moralizantes, llenos de buena voluntad y buenas intenciones que los niños recitan de memoria, perlas del sentido común y el buen sentido, quien oye a la niña no deja de decirle apenas termina: “es falso de principio a fin”. A su pesar, Alicia no declama el poema *en el buen sentido*, sino que es presa de una inclinación





a desviarse, a enredar o invertir o pervertir el texto original. No teniendo un yo ni algo fijo que designar, flotando en una región donde vacila el significado mismo de las cosas, el lenguaje parece imposible. Y sin embargo, dirá Deleuze en *Lógica del sentido*: “es ahí donde se opera la donación de sentido, en esta región que precede a todo buen sentido y sentido común” (Deleuze, 1989, p. 96).

He aquí cómo en Alicia los cambios de tamaño van aparejados a un cambio de sentido. La niña primero se ha hecho muy pequeña tras beber de un frasco, más tarde se vuelve muy grande al comer un pastel, y ha crecido a tal punto que se despidió de sus propios pies:

¡Ay de mis pobres piecitos!; ¡quién les pondrá ahora los zapatos y las medias! Seguramente no podré ser yo misma, pues me encuentro muy lejos como para ocuparme de ellos, tendrán que arreglárselas lo mejor que puedan solos; sin embargo debo ser amable con ellos –pensaba Alicia-, pues de otra manera terminarán por negarse a caminar por donde yo quiera. ¡De ahora en adelante les regalaré un par de botas nuevas todas las Navidades! [...] Seguramente tendré que enviarlos por correo –pensaba-; ¡qué divertido será enviar regalos por correo a mis propios pies!; ¡y qué extrañas van a resultar las direcciones!: Sr. Pie Derecho de Alicia. [...] (con cariño de parte de Alicia)... ¡pero qué disparates estoy diciendo! (Carroll, 2003, p. 19)

En varios pasajes de su travesía la niña crece y decrece, no al mismo tiempo, aunque es al mismo tiempo que deviene más grande y más pequeña. Es así, pues si ella está creciendo, entonces a un mismo tiempo se hace más grande de lo que era y se hace más pequeña de lo que va a llegar a ser; es decir, de lo que deviene. Por eso Alicia se pregunta más adelante, en otro evento como éste último, el de la llave y la puerta: “¿En qué sentido, en qué sentido?”, como adivinando que es en los dos sentidos a la vez.

Alicia reflexiona, luego de muchas novedades y transformaciones:

¡Dios mío, qué extraño es todo esto el día de hoy; ayer, en cambio, todo era normal! ¿Sería yo la que cambió durante la noche?... Veamos, ¿era yo la misma cuando me levanté esta mañana?... no



lo sé, creo recordar que me sentía un poco distinta. Pero en caso de no ser la misma, la pregunta pertinente es: ¿quién diablos soy? ¡Ése es el gran enigma! (Carroll, 2003, p. 20)

Y entonces se puso a pensar en todas las niñas que eran sus amigas y que tenían su misma edad, para descubrir si acaso se hubiese transformado en una de ellas: “No soy Ada –pensó–, de eso estoy bien segura porque ella lleva largos bucles en el pelo; pero también estoy segura de que no soy Mabel, porque yo sé muchísimas cosas, y ella sabe muy pocas. Además de que ella es y yo soy yo... ¡Ay Dios mío, qué difícil es encontrarle la razón a todo esto!” (Carroll, 2003, p. 20).

Al imaginario llamado que viene de fuera del hueco donde Alicia ha caído la niña responde que no está dispuesta, que no tiene un yo que se valga por sí mismo, con el que ella se “amañe”. “¿Quién soy yo?”, se pregunta... y desecha un yo odioso quizás porque conserva la huella de un origen ligado al Mal, en el sentido de la especie, desde la desobediencia de Eva tentada por la serpiente, o mejor, tentada por la fruta prohibida que da acceso al conocimiento; en fin, tentada por el conocimiento...

Serres invita a hacer la travesía que hizo Alicia, una genuina exploradora, una Livingstone en miniatura –inglés que exploró las fuentes del río Nilo en África, y que le dio al gran lago el nombre de Lago Victoria:

¿Acaso los institutores han dudado de que han enseñado, en un sentido pleno, sólo a los que han contrariado y mejor aún completado, a los que han hecho atravesar? Ciertamente, no he aprendido nada que no sea partiendo, ni he enseñado a otros sin invitarlos a abandonar su nido. Partir exige un desgarramiento que arranca una parte del cuerpo a la parte que permanece adherida a la orilla del nacimiento, en la vecindad de la parentela, en la casa y en el pueblo de los usuarios, en la cultura de la lengua y en la rigidez de los hábitos. Quien no se mueve, no aprende nada. Sí, parte, divídetse en partes. Tus semejantes arriesgan condenarte como un hermano separado. Eras uno y referido, vas a convertirte en muchos y, a veces, en incoherente como el universo que al principio estalló con gran ruido, como se dice. [...] Sal del vientre de tu madre, de la cuna, de la





sombra que lleva la casa de tu padre y de los paisajes juveniles. [...] El viaje de los niños, este es el sentido desnudo de la palabra pedagogía. Aprender lanza a la errancia. Estallar en pedazos para lanzarse por un camino con salida incierta, exige sobre todo un heroísmo tal del que la infancia es capaz, aunque es necesario además seducirla para que lo asuma. Seducir: conducir a otra parte. Bifurcar de la dirección llamada natural. [...] Bifurcar, obligatoriamente, eso quiere decir comprometerse por un camino de travesía que conduce a un lugar ignorado. Sobre todo: nunca tomar la ruta fácil, atravesar más bien la ruta a nado. [...] Partir. Salir. Dejarse seducir un día. Volverse muchos, afrontar lo exterior, bifurcar más allá. Estas son las tres primeras extrañezas, las tres variedades de alteridad, las tres primeras maneras de exponerse. Pues no hay aprendizaje sin exposición al otro, a menudo peligrosa. (Serres, 1991, pp. 12-13)

Todo aprendizaje supone, pues, una errancia, uno que otro desatino, un destino, una derrota; literalmente: una ruta de viaje; pero, sobre todo, un pasaje, punto intermedio del viaje a partir del cual ya no hay regreso y uno ya no es el mismo... A más de uno le ha pasado que alguien a quien no había visto en años de pronto le dice: “¡Como estás de distinto!”, a lo que uno no puede más que replicar con una pregunta: “¿Distinto de quién?”

Ahora bien, el problema del Mal subyace en el aprendizaje; éste comporta una dosis de crueldad, y hay que preguntar si acaso el aprendizaje es una suerte de homeopatía del Mal. Como si estuviera describiendo las aventuras en los muy peculiares mundos de Alicia, donde abundan confrontaciones y batallas –que pueden no llevarse nunca a cabo–, Serres señala que:

Desde Empédocles y Heráclito, percibimos la unión y separación de elementos y la batalla sombría como el fondo de cualquier aprendizaje. La historia del aprendizaje y del saber humanos revela que el cuerpo avanza por imitaciones y oposiciones, por amor y odio, por atracción y repulsión.

El saber le debe mucho al Mal: no fue sino luego de que Eva comiera de la manzana prohibida del Árbol del Conocimiento que *vieron* que estaban desnudos. A la inversa, el Mal le debe mucho al saber: la bomba nuclear



que cayó sobre Hiroshima, fabricada o, mejor dicho, pensada por físicos nucleares de varias partes del mundo reunidos en el Proyecto Manhattan.

Aprendizaje, genuina Homeopatía del Mal, Arte de las dosis, Ciencia de los venenos, Farmacopea del caos: ni tanto que queme al santo ni tan poco que no lo alumbre. El explorador es el que tiene como misión ir a otra parte, otros territorios; viajar al infierno, a veces, habitar otra lengua, otros hábitos, contemplar y mezclarse sin ser distinguido como *otro*, y volver para dar un reporte de lo visto, oído, sentido, vivido. Para lo cual ha de volverse como todo el mundo y tener además algún conocimiento del Lado Oscuro de la Luna, de la parte de oscuridad que carga el día, de la parte oscura de la sombra que aprieta con su mano invisible el corazón. Es decir, que el conocimiento se regulará también por un segundo sol, además del sol amarillo de la razón, a saber, el sol negro del dolor, de los rituales, de la música y del baile, de los relatos...

El filósofo, que ha tenido la gracia de vivir en partes muy heterogéneas del mundo, invita en *El Incandescente* (Serres, 2003) a que nos vacunemos; lección inmejorable sobre todo para nosotros, habitantes del Tercer Mundo, para que acojamos el mal en pequeñas dosis de donde nazcan algunas defensas posibles:

¿Qué será pues el Bien si no la llama misma, la que consume en mí el Mal que nunca me falta? Contra él hay que comenzar por un ejercicio de simbiosis individual: vivir con. ¿Cómo negociar este fango? Hago de él mi mejor combustible. [...] El sujeto principia pues con el problema del Mal porque él inventa, porque él promueve lo que puede contribuir –al menos aquí o allá- a su apaciguamiento, a su alivio. [...] Tolerancia al Mal, una lección difícil de aprender. No consideraremos nunca al otro como un Mal, si aculturamos el Mal como otro. Como uno de los otros en mí. Como uno de mis simbiosis. Defectos, mis hermanos gemelos. [...] La vida tonta no se expone; la buena se pone en peligro, como la inteligencia cuando quiere inventar. Ella se sumerge en esta experiencia, en esta aventura, excepcional y cotidiana, donde la miseria, el sufrimiento, el fracaso, la frustración, las faltas, el pecado mismo enseñan más que cualquier otra cosa en el mundo. (Serres, 2003, pp. 115-117)



Entonces: “no se suprime el mal, uno se libra de él, prueba de que se lo ha experimentado”. Hay que probar entonces técnicas de simbiosis, y probamos algo experimentándolo. La aculturación de lo que es imposible suprimir o erradicar consiste en hacer de la necesidad virtud.

En la Antigüedad no eran los dioses, sino los mortales, quienes poseían el secreto de la humanidad, su esencia. Hoy, ¿quién tiene oídos para oír las nuevas, buenas y malas, que pregona el filósofo?

Los colectivos sólo escriben la historia de los mejores, pintan siempre las costumbres de los que viven en las alturas, pero la verdad de nuestra condición yace en los más bajos valles donde la muerte y la miseria trabajan la carne humana. Desde que los dioses, o sea, en la actualidad los habitantes de los países del primero y segundo mundos, se atragantan sin hambre ni sed, y alejan de ellos el dolor y la muerte, ya sólo hay hombres en el tercero y cuarto mundos, sólo hay historia y sentido en ellos y por ellos [...]. De ahora en adelante debemos repartir la pobreza [que es algo muy distinto a la indigencia y a la miseria]; hemos de repartir no las riquezas, abundantes, sino la pobreza sobreabundante. [...] Desde hoy la pobreza se vuelve una actitud ética, una necesidad política, el fundamento de la filosofía. (Serres, 2003, pp. 120, 122-123)

El autor sospecha que los pensadores clásicos, como Leibniz, Descartes, Husserl:

Nunca tuvieron el coraje, auténticamente filosófico, de saltar un paso que sí dieron cínicos y franciscanos, Diógenes en su tonel y San Francisco muestran más lealtad –ausencia de mentira, legitimidad, por su radicalidad- que Descartes. Mientras no se haya dejado el dinero, llamado equivalente general, que lo procura todo, no se ha abandonado nada. «Mientras no se haya dado todo, no se ha dado nada». [...] Volver a las cosas mismas exige echar al fuego su camisa y sus zapatos y partir hacia ellas en esta simple condición. De esta miseria nacerá la filosofía. (Serres, 1991, p. 14)

Estos pasajes o puntos medios en una iniciación, a los que hemos hecho referencia al cambiar de sentido, de país, etc., aguzan la sensibilidad, que es la mera posibilidad o capacidad de todos los sentidos. Sensible es el niño que aprende a caminar..., a hablar:

Quando se lanza en un desequilibrio reequilibrado; obsérvalo aún cuando se sumerge en la palabra, la lectura o la escritura, desenredado, enredado en el sentido y el no sentido. Cuán hipersensibles fuimos, afectados, haciendo locuras de juventud, en el momento de franquear todos los umbrales de la juventud. Este estado vibra como una inestabilidad, como un tercero no excluido entre el equilibrio y el desequilibrio, entre el ser y la nada. (Serres, 1991, p. 14)

Ahora bien, hemos tenido una experiencia como esta. En efecto, ocurre que:

Desde el mero nacimiento hemos sufrido estas cuatro pruebas o exposiciones grandes de la pedagogía: estallido del cuerpo en partes, expulsión hacia el exterior, escogencia necesaria de un camino transversal y paradójico, y paso por el tercer lugar: en nuestro nacimiento ocurre un desprendimiento y se toma un camino que ninguna obligación anterior preveía, pasar por un agujero estrecho recientemente dilatado, completamente listo a cerrarse de nuevo, con el riesgo de asfixiar, de estrangularnos. El tiempo no brota de la posición –equilibrio estatutario– ni de la oposición, sino de un desvío del equilibrio, una exposición. Toda evolución y todo aprendizaje exigen el paso por el tercer lugar. Poco en equilibrio, rara vez en desequilibrio, siempre en desvío del lugar, errante sin morada fija. ¿Cómo adquirir tolerancia y no violencia sino poniéndose en el lugar, en el punto de vista del otro, a saber, del otro lado? No aconsejaría a nadie privar al niño de esta aventura, la del zurdo contrariado. Contiene lo virtual del aprendizaje, la travesía del río. Solamente algunos vivientes tienen sexo, mientras que todo el mundo, inerte o vivo, está provisto de un sentido... Por fortuna, habrá que formar también diestros completados por su izquierda, al abandonar la civilización derecha de la pluma y del estilógrafo para entrar en la civilización de los teclados: Esto nos cambiaría cuerpos y almas [¡!]. (Serres, 1991, p. 16)





Así que hombre o mujer sabe ya por tanto adaptarse, aprender, morir-nacer-vivir. Aprender es recuperarse de una caída; toda evolución y todo aprendizaje exigen el paso por el tercer lugar. Ni puesto ni opuesto, expuesto...

## 8. Entre lo sólido y lo líquido, entre el ser y el devenir

Los estoicos griegos y romanos, junto con Demócrito, Heráclito, Epicuro y Lucrecio, compartían una concepción del mundo en devenir, en flujo y continuo reciclaje. La escritura misma entre aquellos estilistas –véase el estilo fluido en la traducción del poema de Tito Lucrecio Caro: *De la naturaleza de las cosas*- era más bien líquida y gaseosa que sólida. Para Lucrecio lo que contaba eran las cascadas, las nubes de átomos que se ponían en juego, sus flujos, sus mezclas; lo que hoy son para nosotros los meteoros: las nubes, la lluvia, el rocío, el rayo, el viento, en continua variación. Ahora bien, Sócrates y Platón, igual que la geometría de los sólidos de Euclides, no querían tener nada que ver con eso de los flujos; no estaban ni de la parte del fuego ni de la parte del agua. No querían tener velas en ese entierro, ellos que llevaban la procesión adentro...

Para Aristóteles, una cosa es esto o lo contrario, no ambas a la vez, y ello de acuerdo con ciertos rasgos, cualidades, marcas específicas, particulares, generales, universales, etc., señaladas en el árbol de Porfirio, por donde ciertamente no iba el gato de Cheshire.

Pues una cosa es lo singular que caracteriza a un individuo o a un grupo poblacional en perpetua mudanza, incluso en la ensimismada y esclerótica sociedad colombiana, y otra muy distinta es la pretendida “identidad”. Por ejemplo, que uno es, una de dos, pero no las dos: niño o adulto, blanco o negro, joven o viejo, rico o pobre, heterosexual u homosexual; inventarían un tercer sexo, gay o lesbiana, preservando todavía los compartimentos estancos, las categorías; que un hombre *es, una de dos*: una bestia o un ángel, un hombre o un animal, un racional o un irracional.

Detrás del verbo *ser*: “Soy colombiano”, “soy apóstata”, “soy blanco”, “soy negro”, “soy hincha del Nacional”, se ocultan las libidos de pertenencias



que han sido fuentes de exclusión atroz; por ejemplo: el partidismo liberal o el conservador hace 60 años en Colombia, judío o palestino, gitano, o católico o anglicano, o calvinista o luterano, o comunista ateo o demócrata creyente, etc. Si las cosas son así y si no es posible carecer de pertenencias, lo ideal sería una suerte de mestizaje, tener muchas pertenencias, en el sentido de rasgos, marcas distintivas, como las que distinguen a un pintor. Al mismo tiempo, en lugar de preguntarse: “¿Quién es él?”, “¿Quién soy yo?” conviene dejar de conjugar el verbo ser, abandonar el ser, la esencia, para entrar en el tiempo y el detalle de lo vivo, que de por sí es ambiguo.

El hombre, a la final, es justamente aquello que no se deja definir, o bien excede o bien se queda corto ante la definición. Es un hombre sin atributos que, por ello mismo, vive en la posibilidad, en la contingencia... es capaz. La mano, que dejó de ser útil tal como lo era para el chimpancé que andaba por las ramas, empieza a ser apta para muchas cosas: tejer y cocinar, barrer y tocar la flauta, jugar al tenis, acariciar y abofetear, hacer una cirugía, tallar, modelar el barro y hacer origami, dibujar, mezclar los colores en una paleta y pintar... Serres, en *Hominiscencia*, escribe:

¿Qué es el hombre? Esta pregunta utiliza el verbo ser, palabra vacía y nula, auxiliar pobre, sustituible a voluntad, ficha gastada de todas nuestras lenguas. [...] Este indefinido le conviene admirablemente a los saltimbanquis [...] No, ser no nos concierne. Ser, quizá, concierne a las bestias, a las plantas, hongos y bacterias, arenas y lagos, roca, fuego, al aire y las nubes corriendo en el lecho del viento, aunque no podemos verificarlo. No existimos ni como siendos ni como seres, sino como modos. Nuestra existencia entera flota en el cuadrado de las modalidades donde posible, imposible, necesario y contingente levantan los cuatro muros de nuestras moradas cultural y natural, cuerpo, técnicas, lenguas, artes y mundo [...] Bajo el techo de lo *imposible*, con el apoyo de una infraestructura física *necesaria*, abrimos para respirar las ventanas de lo *posible* y salimos por los portales de lo *contingente*. Vibrando de tiempo, vamos, libres, hacia cien posibles sometidos a condiciones necesarias, vivimos pues instantes contingentes, intentamos a veces lo imposible y, chocándonos con sus obstáculos, nos sucede a veces la creación, milagrosamente, de la necesidad [...] ¿Qué hay pues de sorpren-



dente en no querer ser si de todas maneras no somos? Excepto inesperados, aventureros, imprevisibles, buscadores, desobedientes... o sea posibles y contingentes, y por ende, metidos hasta la sangre en lo imposible y en lo necesario. Basta que alguien quiera determinarme en el ser para que yo huya pronto de esta definición, para que me evada fuera de esta conminación. [...] El hombre tiene horror del ser... (Serres, 2001, p. 35)

El hombre cambiar, y ocurre que se ve mejor el sentido de un movimiento cuando se bifurca y desvía su dirección. Es un hecho que cuando uno va en un tren aparejado en una vía paralela a otro tren a la misma velocidad, uno no nota que se mueve: como si estuviera del todo inmóvil. Lo humano sería entonces: “lo que es capaz de metamorfosis”. El naturalista Jakob von Uexküll compara la invención de nuevas herramientas con la aparición de nuevos genes. Precisamente, una particularidad del Hombre desespecializado es la invención de herramientas para sobrevivir, en primera instancia, y siempre para completarse y amplificarse; a diferencia de los otros animales, que se especializan y no inventan herramientas, más allá de unas cuantas rudimentarias.

La disyunción exclusiva, el principio del tercero excluido que quiere desterrar la paradoja, la contradicción y el sinsentido, es la regla aristotélica, tomista y cristiana por excelencia: Una cosa es esto o lo contrario, pero no es ambas cosas a la vez. *Si Goya y Velásquez y Rembrandt eran grandes pintores, es imposible que Cézanne sea un gran pintor*: he aquí el pensamiento del Tercero excluido en la cabeza del periodista que atacó la obra de Cézanne, transgresora y revolucionaria, en un periódico parisino de la época: *El Intransigente*. Sin embargo, he aquí al trompo que, si alcanza suficiente velocidad, fija su punta al suelo, está quieto y se mueve, es estable y a la vez gira en torbellinos; sirve por ello de modelo en miniatura del mundo. Otro ejemplo, la flecha: avanza en un sentido, hacia un blanco determinado, y a la vez gira, rota mientras se desplaza. Apreciemos también la manera como migra una bandada de estorninos, inmensa bola elástica que gira sobre sí misma en forma de torbellino, en el que las aves se dispersan y se reconcentran de manera alterna en relación con centros variables. Esas aves migratorias llegan a destino; eventualmente se guían por el campo magnético terrestre, por el movimiento del sol o por la dis-



posición de las estrellas. Esto de dirigirse en un sentido pero cambiarlo al mismo tiempo parece contradictorio. Para la flecha o para las aves hay un sentido, la traslación que tiene como destino el blanco de la flecha o el lugar adonde migran las aves, pero ocurre que ese sentido engendra el otro sentido, la rotación. Es así como los contrarios cohabitan en la caja negra de las cosas.

El origen del principio del tercero excluido no está en las matemáticas, ni en las Ideas, como creería Platón, sino, *a posteriori*, su origen remite más bien a un asunto antropológico. En *El contrato Natural*, Michel Serres cuenta que Leibniz estimaba la finitud como un bien inapreciable, por cuanto proporciona los límites que definen los lugares de propiedad “mis animales”, “mi casa”, “mi patria”, como si lo propio del hombre se redujera a lo que él se apropia; confusión común que hace de las pertenencias una identidad. Ahora bien, todo cuerpo extraño que se aproxima a la frontera, o que la cruza, se vuelve enemigo a combatir:

Imposible que él y otro permanezcan al mismo tiempo y en las mismas circunstancias en el mismo lugar: aquí están los principios de contradicción y de tercero excluido brotando, completamente armados, de la pertenencia, de la finitud o de la limitación. El origen del mal, tal como se lo imaginó Leibniz, proviene seguramente de la violencia producida en la vecindad de los límites por la exclusión del tercero. No sólo pues la metafísica del yo, sino también la lógica más pura encuentran su fundamento, o, al menos, su equivalente, en la antropología. De golpe, el elogio de la finitud se parece demasiado a la defensa de las fronteras.

Hoy se empieza a saber que el Hombre, con miedo, afronta la infinitud como capacidad sin límite de transformaciones y de cambios...

En el *Crátilo*, de Platón, se insiste en la identidad contra todo lo que fluye, lo que cambia. En la segunda parte de Alicia, la Reina Roja, que acaba de encontrar a la niña, le dice: “Habla en francés cuando no te acuerdes de alguna palabra en castellano [...] acuérdate bien de andar con las puntas de los pies hacia afuera... y ¡no te olvides nunca de quién eres!”. Las culturas que aborrecen el cambio, como la colombiana, heredan esa peculiaridad





de la rancia España, devoción por la identidad o cultivo del misoneísmo; es decir, del odio por la novedad, por la *mezcla*, en una sociedad endogámica, mojígata y puritana donde van de la mano xenofobia, homofobia y misoginia; variedades del miedo y del odio, del hondo y terrífico miedo a ser “distinto”, “desviado”, “dañado”, “anormal”, “anómalo”; en fin de cuentas, para preservar la “identidad” que una moral y unas leyes civiles hacen valer para mejor ejercer su poder sobre las masas cautivas todavía del mensaje de San Pablo, de Santo Tomás de Aquino y de San Agustín...

Deleuze, en una carta a M. Cressole, permite comprender mejor aquella niña naciente en la época moderna que es Alicia:

Decir algo en nombre propio es muy curioso: ya que no es, en absoluto, en el momento en que uno se toma por un yo, una persona o un sujeto, cuando habla en su nombre. Al contrario, un individuo adquiere un verdadero nombre propio como consecuencia del más severo ejercicio de despersonalización, cuando se abre a las multiplicidades que le atraviesan de parte a parte, a las intensidades que le recorren. El primado de la identidad define el mundo de la representación. Pero el pensamiento moderno nace del fracaso de la representación, a la vez que la pérdida de las identidades, y del descubrimiento de todas las fuerzas que actúan bajo la representación de lo idéntico. El mundo moderno es el mundo de los simulacros. El hombre no sobrevive a Dios, la identidad del sujeto no sobrevive a la substancia. Las identidades todas están simuladas, se trata de un «efecto» óptico, de una interacción más profunda que es la de la diferencia y la repetición...

En el proceso de despersonalización, en el devenir en el que se deja de ser *yo* para ser *otros* hay, por supuesto, unos riesgos, y se precisa de mucha prudencia y mucha paciencia, y mucha fe también, para no desbarrancarse y chapotear en las profundidades del sinsentido: “Cuando el sinsentido ya no da el sentido, sino que se lo ha comido todo”, cuando las cosas significan algo, pero algo que se siente falso. Los objetos designados conservan un vago referente, pero es un vacío, y el yo vaga en la niebla, indiferente:

La primera evidencia esquizofrénica es que la superficie ha reventado. Ya no hay frontera entre las cosas y las proposiciones, preci-



samente porque ya no hay superficie de los cuerpos. [...] Todo es cuerpo y corporal. [...] En esta quiebra de la superficie, la palabra entera pierde su sentido. Conserva quizás un cierto poder de designación, pero apreciado como vacío; un cierto poder de manifestación, apreciado como indiferente, una cierta significación, apreciada como 'falsa'. Pero en cualquier caso, pierde su sentido, es decir, su potencia para recoger o expresar un efecto incorporeal distinto a las acciones y pasiones del cuerpo, un acontecimiento ideal distinto de su propia efectuación presente. Todo acontecimiento se efectúa, aunque sea bajo una forma alucinatoria. Toda palabra es física, afecta inmediatamente al cuerpo. (Deleuze, 1989, p. 103).

El gran riesgo, pues: darse de cabeza contra el muro cuando se acelera de manera irrefrenable lo que ha de ser hecho muy lentamente, limando con paciencia un muro, pues no hay otra manera de cruzarlo, si se quiere preservar una parte de razón, imprescindible para lidiar con los fenómenos del mundo...

En la exploración que acomete la tripulación y el capitán, con un mapa completamente en blanco, para gozo de la tripulación porque era fácil de leer, en el poema de Carroll: *La cacería del Snark* –mezcla de *Snake* y *Shark*–, el peligro, tal como se lo advirtió y le repitió muy clarito la tía al Panadero, el riesgo, fatal, pues tiene el poder de convertirte en una nada-de-nada, simplemente te desvaneces, es que el *Snark* que encuentres sea un *Boojum*, como ocurre al final del poema, según la primera frase que escribió Carroll y que quedara de última: “pues el Snark, ya ves, era un Boojum”.

## 9. Los puntos de vista entre la Oruga azul y Alicia

Alicia, que se había vuelto diminuta, medía unos siete centímetros después de que se aireara más de la cuenta con el abanico del conejo. Parada en puntillas encuentra a una oruga azul sentada en lo alto de un hongo, con algunos pares de brazos cruzados, fumando tranquilamente un gran narguile, sin prestar la menor consideración ni a Alicia ni a cosa alguna fuera de sí. Luego de un rato de estar ahí como viendo sin ver a Alicia, la oruga pregunta:



¿Y tú, quién eres?

[Podríamos estar de acuerdo en que no es ésta una manera cómoda de iniciar una conversación, así que Alicia, un poco intranquila, contestó:]

– Pues mire usted... señora; en estos momentos, ni yo misma lo sé. Claro que sé muy bien quién era cuando me levanté esta mañana, pero desde entonces he cambiado tantas veces que ya no sé qué pensar.

– ¿Qué quieres decir con eso? –replicó la oruga con severidad. ¡Explícate con claridad!

– Me temo que no es posible, mi querida señora –dijo Alicia-, porque yo ya no soy la misma.

– No acabo de entender –dijo la oruga.

– Me gustaría poder explicar todo esto con claridad, pero en realidad ni yo misma entiendo qué es lo que pasa; sobre todo es muy desconcertante eso de cambiar varias veces de tamaño en un solo día.

– No es nada extraño –repuso la oruga.

– Bueno, tal vez aún no lo sea para usted –dijo Alicia-; por lo menos en la vida actual; pero llegará el día en que usted se vuelva crisálida, y más tarde mariposa; entonces se dará cuenta de que las cosas son bastante raras, ¿no le parece?

– No me parece en absoluto –dijo la oruga.

– Usted tiene el privilegio de ver las cosas a su manera –replicó Alicia-: pero yo también tengo el derecho de ver todo esto como algo muy raro.

– ¿Y quién eres *tú*? –dijo la oruga en un tono despreciativo, con lo que todo regresó al inicio de la conversación. Alicia se molestó con aquella actitud, así que se puso muy formal y le dijo a la oruga en un tono de gravedad:

– Creo que debería ser usted la que dijera quién es en primer lugar.

– ¿Por qué? –dijo la oruga.

Aquella respuesta que era planteada como una pregunta representaba un problema para Alicia, pues no podía encontrar razones para apoyar su postura, además de que la oruga parecía estar cada vez de peor humor, por lo que Alicia decidió dar media vuelta y marcharse.

– ¡Vamos, regresa! –gritó la oruga. ¡Tengo algo muy importante que decirte!



Este cambio de actitud satisfizo a Alicia, por lo que ella volvió sobre sus pasos.

– Es preciso que no pierdas la calma [*Keep your temper*] –dijo la oruga.

– ¿Eso es lo que querías decirme? –dijo Alicia, sin ocultar su enojo.

– No –replicó la oruga.

Alicia pensó que podía esperar un rato, pues la verdad era que no tenía nada qué hacer; tal vez fuese interesante lo que la oruga tenía que decirle. Durante un buen rato, la oruga estuvo fumando de su narguile sin decir palabra; pero de pronto separó la pipa de sus labios y comenzó a hablar:

– ¿Así que tú crees haber cambiado?

– Estoy segura de ello, mi querida señora –respondió Alicia-; no puedo recordar las cosas como lo hacía antes, además de que mi tamaño cambia a cada rato.

– ¿Qué es lo que no puedes recordar? –preguntó la oruga.

– Bueno, muchas cosas; hace rato intenté recitar “¡Ay, el pobre inocente!”, y lo que dije fue una cosa muy distinta.

– ¿Por qué no intentas recitar “Padre Guillermo”? –dijo la oruga.

Alicia cruzó los brazos y comenzó:

1. *Estás muy viejo, padre, dijo el niño; 2. Cuando joven, dijo el padre, yo temía*

*tus cabellos son escasos y grises. que esta postura me dañara el cerebro;*

*¿No crees que a tu edad es indigno pero como no tengo ni pizca de razón,*

*andar de cabeza y ser un payaso? ahora hago lo que quiero.*

3. *Como ya dije, padre, estás muy viejo, 4. De joven, dijo el padre, y sacudió sus canas.*

*Y te has puesto tan gordo como un globo; mantenía los miembros muy flexibles*

*pero dime, ¿por qué cruzas la puerta, con un ungüento –a un peso cada caja;*

*con un salto mortal? puedo venderte varias si tú quieres.*

5. *Estás muy viejo y ya tus dientes 6. De joven, dijo el padre, estudié leyes*

*no pueden mascar otra cosa que el cebo: y siempre litigué con mi mujer,*



*¿cómo pudiste entonces comerte enteros por eso mis mandíbulas son fuertes*

*un ganso, sin dejar pico ni huesos? como las de Matusalén.*

*7. Como estás tan viejo, nadie podría creer 8. Ya he respondido a tres preguntas, que tu vista es de lince. y con eso bien basta -dijo el padre.*

*Es muy raro que puedas colocar una anguila ¡Baja ya esos humos y vete de aquí en equilibrio sobre tu nariz: ¿es arte, o magia? o por la ventana te echaré!*

– No lo has dicho bien –observó la oruga.

– No del todo bien, eso me temo –respondió Alicia con timidez; creo que la letra cambió un poco.

– ¡Está mal de principio a fin! –dijo enfáticamente la oruga, por lo que se abrió un silencio muy incómodo.

Finalmente fue la oruga la que rompió ese silencio:

– ¿Qué altura quisieras tener?

– ¡Ah!, bueno; yo no soy muy exigente en cuanto a la altura –dijo Alicia con entusiasmo-; lo que no me gusta es cambiar tan seguido de tamaño, ya sabe usted.

– ¡No, yo no sé! –dijo la oruga.

Alicia permaneció en silencio, era grande su desconcierto, pues nunca había platicado con alguien que la contradijera constantemente, por lo que fácilmente perdía la paciencia.

– Pero dime, ¿estás contenta con tu talla actual? –preguntó la oruga.

– Bueno, si usted no tiene inconveniente, me gustaría ser *un poco* más alta; después de todo siete centímetros es una miseria de altura.

– ¡Pero niña!, ¡esa es una altura perfecta! –dijo la oruga en un tono de reproche, pues ella medía exactamente siete centímetros.

– ¡Pero yo no estoy acostumbrada! –replicó Alicia con timidez, y pensó: «¡Ojalá no fueran tan susceptibles estos bichos!».

– Ya te acostumbrarás, es cosa de tiempo –dijo la oruga, y se volvió a colocar la pipa en la boca para fumar de su narguile.

Alicia esperó pacientemente a que la oruga se decidiera a hablar de nuevo. Al cabo de uno o dos minutos, se quitó el narguile de la boca, bostezó una o dos veces y se desperezó. Luego descendió del hongo y se internó en la hierba, diciendo a modo de despedida:

– Un lado te hará más chica y el otro te hará más grande.

¿Un *lado* de *qué*?, pensó Alicia.

– Un lado del hongo –dijo la oruga, como si hubiese escuchado la pregunta, pero de inmediato desapareció. (Carroll, 2003, pp. 41-45)



## 10. Severas vacilaciones del yo de Alicia

Alicia se quedó un rato mirando pensativamente el hongo, tratando de adivinar cuáles serían esos dos lados; como era perfectamente redondo, el problema resultaba muy difícil. Sin embargo, al fin extendió lo más que pudo los brazos alrededor del hongo, para no tomar dos trozos del “mismo lado”, y partió con cada mano un trocito de los bordes:

– Y ahora, ¿cuál es cuál? –se dijo y decidió morder un poco del que tenía en la mano derecha. El efecto fue instantáneo y muy impactante, pues antes de sentir algo ya había chocado la barbilla con sus propios pies, por lo que se sintió muy asustada, pues el cambio había sido muy repentino, y además el efecto seguía con mucha rapidez, por lo que no había mucho tiempo que perder, así que rápidamente comió un poco del trozo que tenía en la mano izquierda, lo que no le resultó fácil, pues con los pies pegados a su barbilla apenas podía abrir la boca, pero desplegando su habilidad logró morder un pedacito.

– ¡Por fin tengo la cabeza libre! –dijo Alicia, sintiendo un gran alivio, lo que pronto se convirtió en alarma al descubrir que sus hombros simplemente habían desaparecido, pues al mirar hacia abajo solamente veía su cuello, aunque este parecía no ser el suyo, pues era un apéndice largo que parecía elevarse como una caña desde un lejano seto de hierba en el piso.

En medio de sus cavilaciones y sus cambios, cuando Alicia se pregunta “¿Quién soy yo, pues?”, fracasa en cada prueba y acaba por pasar la prueba del sentido; hace despuntar el sentido al no encontrar respuesta las preguntas a la manera convencional:

Voy a ver si, al menos, sé las cosas que antes sabía. Veamos: cuatro por cinco, doce; cuatro por seis, trece; cuatro por siete, cator-



ce... ¡Dios mío, a este paso no llegaré nunca a veinte!... Bueno, a ver cómo me va en Geografía: Londres, capital París; París, capital Roma... no, ¡no es así! ¿Será verdad que me he convertido en Mabel? Supongo que, al menos, sabré recitar «*A un panal de rica miel...*». Alicia recita, «Pero su voz tenía un sonido ronco y extraño y las palabras que pronunciaba eran diferentes a las del poema que tan bien conocía». (Carroll, 1986)

Del poema original que quería declamar no queda sino el eco burlón de Carroll a los poemas ejemplarizantes al gusto de la época victoriana:

‘¡No es así, no son esas las palabras!’, decía la pobre Alicia, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. ¡Ahora sé que soy Mabel y tendré que conformarme con los cuatro trastes que tiene por juguetes y me tocará estudiar montañas y montañas de lecciones! No, ya está decidido. Si de veras soy Mabel, me quedo aquí abajo... ¡Y no pienso hacer caso de las palabras de los mayores cuando se asomen al agujero y digan: ‘Anda, querida, sube..., te estamos esperando’! Yo los miraré desafiante desde abajo y les diré: ‘Antes decidme quién soy, y si me gusta esa persona, entonces subiré, pero si no me gusta me quedaré aquí y esperaré a convertirme en otra persona... (Carroll, 1986, p. 23).

Al final de su pasaje en la primera parte de *Alice*, la niña, cambiada, una nueva Alicia remozada logra remontar, subir a la superficie y se da cuenta de que la reina de Corazones y el rey amenazantes, no son sino cartas de póquer, y luego, en la segunda parte, a través del espejo, acaba por comprender que la falsa profundidad no era sino la inversión del sentido, de derecha a izquierda...

## 11. Elogio de las Mezclas, del Riesgo y del Despojamiento

Recordemos lo que es una paradoja lógica considerando la más elemental, la del mentiroso, uno que dice simplemente: “Miento”. Supongamos que dice verdad, entonces miente: contradicción. Supongamos que miente, entonces, dado que miente al decir que miente, es porque está di-



ciendo la verdad: contradicción. De la paradoja aflora la contradicción; es por eso que el cortocircuito sirve para ilustrar las paradojas y también los devenires que conjugan pasado y futuro: el negativo invita al positivo, el positivo invita al negativo y el círculo se completa. La paradoja afirma los dos sentidos a la vez; de la misma manera el devenir de Alicia afirma los dos sentidos, devenir más grande y más pequeña, y las dos direcciones del tiempo a la vez, pasado y futuro.

En la vida y en las cosas los contrarios cohabitan; vivimos en las mezclas, entre el orden y el caos, entre lo bueno y lo maluco, a veces contiguos, entre la ternura y el espanto, entre el éxtasis por lo inefable y el sentido de lo irrisorio y lo abyecto; entre risas y lágrimas, entre lo más alto y lo más bajo, como en la prueba de Abraham; entre lo sano y lo enfermo. El infierno, dice Serres: “es la separación del paraíso y el infierno”: la dualidad entre la Bestia y el Ángel. De acuerdo con el filósofo griego Anaxágoras y con Diógenes, todo está en todo, sólo que de formas variables, en distintas proporciones; la carne está en la hierba, etc., así que “la nieve es negra”.

Hoy sabemos que todos provenimos de la llamada Lucy, la mujer negra a la que pertenecían los restos arqueológicos encontrado en 1974 al oriente de África, cuna de los hombres hace unos 3.2 millones de años. Todos provenimos de una primera mujer negra y, antes, de unos estromatolitos, que fueron las primeras formas de vida marina ¿hace cuántos miles de millones de años? Todos somos mestizos, mezclados...

Serres produce una verdadera inversión del platonismo en el texto: “Anticristo: una química de las sensaciones y de las ideas”, que aparece como introducción a su libro: *Hermes IV* (Serres, 1977, pp. 113-114), donde reflexiona sobre la dualidad y la partición tan queridas por Platón y el puritanismo, a partir de un ejemplo, el queso francés, o la fermentación del vino, y, de paso, da una lección de vida para mejor vivir en el Tercer Mundo y en cualquier parte, aprendiendo a acoger las mezclas, el mestizaje, a convivir con el Mal y a encontrar un sentido a la podredumbre, descomposición y cambio de sustancia propias de la fermentación mediante la levadura:

Un queso, el verdadero, aquel que una civilización que se dice limpia (y que sin embargo está sumergida en su propia basura) olvida cada





vez más, el que salió del mar Mediterráneo, es la aclimatación de la podredumbre. La leche dejada al descubierto, a los pelos, al lodo, a la mugre y transmutada por todo esto, transvaluada en un estado superior. Un hongo pequeño y vil invade y mancha la blancura del lactinino. Un cultivo, un caldo de cultivo, de allí el nacimiento de una cultura. Separar, eliminar lo sucio conduce a un vivir aséptico y cerrado en medio de un espacio de basuras. Es el resultado de la dicotomía. Salas de baño translúcidas, calles podridas, alfombradas de deyecciones. Es lo mismo en el cuerpo. Un organismo protegido del miasma es frágil y ya está enfermo. [...] Nada le hemos comprendido a Pasteur, a la vacunación; la higiene es peligrosa. Pasteur hace científico a Mitrídates [que tenía fama de aguantar todos los venenos, rey de Ponto, enemigo de los romanos] y los venenos aclimatados, al queso y su noble corrupción. Es la dicotomía de lo sucio y lo limpio, vida, asumida por el horror de lo pestilente y la cura del aire en las alturas; la dicotomía de lo alto y de lo bajo, en breve, la partición en general es la enfermedad. El infierno es la separación del paraíso y el infierno. La sabiduría y la verdad científica aclimatan lo venenoso, lo blando, lo podrido, lo corrompido, el mal, y la enfermedad misma; los dejaban hacer a ellos solos, en el subterráneo de lo invisible, en lo oscuro, lo viscoso, lo hediondo; con ello dan confianza a la vida y obtienen de ella esta fiesta [queso francés] que uno gusta, prueba. Saber lo sano más allá de lo aséptico, lo fuerte más allá de lo protegido...

Saber lo sano más allá de lo aséptico: la piel del queso es la tirotricina, un antibiótico; en cambio, lo aséptico no es antiséptico. Saber lo fuerte más allá de lo protegido. ¿Cómo? Thomas Bernhard, *La Calera*:

Primero: utilización natural de todas las fuerzas posibles en la juventud [que según los pitagóricos va de los 40 a los 60 años, la infancia va de los 0 a los 20 y la adolescencia de los 20 a los 40 años], luego, en la vejez, que de pronto estaba ahí, utilización antinatural de todas las fuerzas imposibles.

La salud, la vida, tienen la forma del queso... Aunque cayera en las redes de su propia trampa, volviéndose un puritano excluyente con su texto previo al derrumbe, *El Anticristo*, Federico Nietzsche había sido el primero

en distinguir estas cosas, pues se burlaba de Sócrates y de Platón, que no se ocupaban de la mugre bajo las uñas ni de los pelos en la cabeza; para aquellos filósofos idealistas, eso NO era objeto de Ideas:

Lo alto era lo sano, lo bajo estaba corrompido. ¡Se enviaba a las montañas a los tuberculosos, para que se ahogaran por falta de oxígeno, pero morían ‘limpios’!... El fantasma puritano de la limpieza tenía por fin un pretexto científico... La vieja medicina asociaba la muerte a la podredumbre. Asocia la degeneración a la descomposición. El queso dice lo inverso, por una estrategia mucho más fina que la de las inversiones groseras o las dicotomías puritanas. El queso es la aclimatación de la podredumbre. Un cultivo, un caldo de cultivo, de ahí el nacimiento de una cultura.... Es peligroso querer evitar el Mal a toda costa, sin dejar vestigio. He aquí la solución del queso: Tomad la podredumbre, las bacterias. Sembrad con ellas la leche, y con el mal fabricaréis el bien.

Lo que se consigue, a cambio de seguridad, está muy bien expresado por el mismo Serres en *El Mal propio*, texto que desde el título apunta a la irrefrenable ansia de propiedad de los hombres, del *Homo Demens* que poluciona para apropiarse; ese hombre codicioso, ambicioso y arrogante que olvidó sus orígenes, *Homo, humus, humilis...*, y que se ahoga mientras ahoga la Tierra con los desperdicios de la propiedad:

¿Y si percibir la belleza del mundo –también la de las obras y los cuerpos humanos- consistiera simplemente en quitar de delante de sí los desechos de la apropiación? Descubrir: quitar esta tapa, este diluvio de basura... Kant define lo Bello como desinteresado. Yo lo pretendo desapropiado, desembarazado de inmundicias. Deseo y practico la desposesión del mundo. Descubro también por qué mi lengua conserva, preciosamente, los dos sentidos de la palabra estética: sensación y belleza. La percepción revela, devela, a fuerza de levantar los velos. Nada oculta más las cosas que los desperdicios de la propiedad. Si los quito, develo la belleza del mundo. Sí, la percepción salva el mundo. [...] Extática, ferviente, rara, la desapropiación admira, lúcida, y protege, eficaz. (Serres, 2007, pp. 58-59)





Vale pues la pena arriesgar, no pensar mucho en el futuro y en el buen sentido que aconseja jubilarse, sino vivir al día, con la convicción de que lo que de veras importa no es cómo empieza y cómo termina una vida, sino lo que ocurre en el medio, sin pasado y sin futuro, sin esperanzas y sin miedo, en un devenir que le basta a ciertas vidas para vivir plenamente, o casi, sin el estorbo de los desperdicios de la propiedad. Rico no es tanto quien tiene muchas cosas, sino el que necesita pocas. Dicho a la manera de Rocío Restrepo: “Más tiene el rico cuando empobrece que el pobre cuando enriquece”. Orson Welles llega a decir –si eres uno de estos, *Cautel!*, ¡ten cuidado!–: “Siento que tengo que protegerme contra las cosas. Así que pongo mucho cuidado en perder la mayoría de ellas”. Ralph Waldo Emerson, ese pensador de la Nueva Inglaterra al que Nietzsche tanto admiraba y que fuera uno de los pocos raros que salieron en defensa del poema de Walt Whitman: *Hojas de hierba*, tachado de pornográfico, ese Emerson escribió en *Confianza en sí mismo* algo que da qué pensar: “Un hombre cultivado llega a avergonzarse de su propiedad por el respeto que le merece su propia naturaleza” (Emerson, 1996).

Paradójicos poetas que, igual que ciertos caminantes de alta montaña, viven la vida en los bordes y se afirman en el vacío, como ciertas esculturas de Alberto Giacometti, o como Federico Hölderlin: “Allí donde crece el peligro, crece también lo que salva”. Palabras que resuenan con Rainer María Rilke: “Atrevido niño, ahora en ninguna parte estás más seguro que en el peligro... El peligro, la total, la pura peligrosidad del mundo... se cambia en protección en la misma medida en que tú la sientes”. Y: “Esto nos crea un ser seguro, fuera de la protección, allí donde actúa la gravedad de unas fuerzas puras”. En fin, el poeta afirma que: “Lo que a nosotros nos cobija, finalmente, es nuestro estar indefensos y proyectados hacia lo abierto”.

## 12. Caminar lo suficiente dentro del laberinto

¿Es imposible vivir cual *rara avis* o de manera anómala? La Reina Blanca responde a una inquietud pareja de Alicia cuando ésta le dice que: “Nadie puede creer en cosas que son imposibles”, a lo que la Reina replica: “Me parece evidente que no tienes mucha práctica. Cuando yo tenía tu edad, siempre solía practicar durante media hora cada día. ¡Como que a veces llegué hasta a creer en seis cosas imposibles antes del desayuno!”.



En su travesía, Alicia encontrará un gato que se vuelve invisible a voluntad y que no puede decir adónde ir, pero sí cómo llegar... Será en casa de la Duquesa donde Alicia se topa por primera vez con el Gato de Cheshire. Es una casa donde la pimienta está en el *aire* y todos estornudan, salvo la Cocinera y el Gato que, sentado cerca al fogón, sonrío de oreja a oreja. Alicia se dirige a la duquesa, quien mece y zarandea a un niño:

- Por favor –dijo Alicia con cierta timidez a la duquesa, no muy segura de que fuera correcto hablar ella primero-, ¿podría decirme por qué sonrío así su gato?
- Es un gato de Cheshire –dijo la duquesa-, y esa es precisamente la razón por la que sonrío.
- Yo no sabía que a los gatos de Cheshire les gustara tanto sonrío, ni siquiera sabía que *podieran* sonrío.
- ¡Sí que pueden! –dijo la duquesa-, y casi todos practican la sonrisa.
- Yo no sabía de ningún gato que pudiese sonrío –reiteró Alicia con mucha cortesía, satisfecha por haber podido entablar una conversación.
- Si hemos de atender a la verdad –dijo la duquesa-, hay muchas cosas que tú no sabes.

Los poemas morales, comunes en la época victoriana en Inglaterra, son parodiados por Lewis Carroll de manera mordaz. De un poema original que dice: *Speak gently to the little child* (Habla suave al niño), Carroll, en boca de la duquesa, dice: “Habla con furor al niño. Y si estornuda, ¡cáscalo! Porque el mamón lo hace sólo porque sabe que jode”. La cocinera arroja trastos a la duquesa y al bebé:

- ¡Por favor, tenga cuidado! –gritó Alicia, llena de miedo-. ¡Cuidado con su nariz! –exclamó al ver que una olla volaba muy cerca de la nariz del niño, pues se trataba de una olla tan pesada que fácilmente se la hubiese arrancado.
- Si cada cual se ocupara de sus propios asuntos –dijo la duquesa dando un ronco gruñido-, el mundo giraría mucho más rápido de lo que va.
- Seguramente eso *no* sería una ventaja –dijo Alicia, orgullosa de mostrar su agudeza y sus conocimientos-; piense en el problema



que se iba a acusar con el día y la noche; como todo mundo sabe, la tierra tarda veinticuatro horas en ejecutar un giro completo alrededor de su *eje*...

– Pues hablando de *ejecutar* –la interrumpió la Duquesa-, ¡que le corten la cabeza!

Cuando Alicia recibe el niño que le abalanza la duquesa: “¡Ven! ¡Puedes mecerlo un poco, si quieres!”, se da cuenta de que gruñe y, pronto, de que en realidad es un cerdo. Y a ese mamón lo creía Alicia un bebé en brazos de la duquesa, y luego en los suyos propios. Alicia piensa, luego de dejarlo en el suelo: “‘Mejor así, porque, al crecer, habría sido un niño extraordinariamente feo; en cambio, como cerdo, hasta es hermoso’. Y se puso a pensar en los niños que conocía, entre los cuales había algunos que podrían convertirse, sin duda, en perfectos cerditos” (Carroll, 1986, pp. 62).

¿Cuál camino? Esta es la pregunta que Alicia hará al Gato de Cheshire cuando lo encuentra de nuevo echado en lo alto de la rama de un árbol. Kafka escribirá una parábola creada como en la mismísima atmósfera de *Alicia*, siempre útil y sana de practicar. Este juego aquí propuesto y que jugamos todos alguna vez, niños y grandes, parábola muy oportuna por cuanto las aventuras de Alicia tienden a sacarla de los surcos, de los caminos trillados, del buen sentido y del sentido común a la vez, pero también de los caminos mismos, aún laberínticos, en fin, para andar por campo abierto:

Érase una vez un juego de paciencia, un juego sencillo y barato, no mucho más grande que un reloj de bolsillo y carente, por lo demás, de cualquier artificio asombroso. En la superficie de madera de color caoba había tallados unos caminos laberínticos de color azul que desembocaban en un pequeño hoyo. La idea era conducir, meneando e inclinando el tablero, la bola –que también era azul- primero a uno de los caminos y luego al hoyo. Una vez allí la bola, el juego se daba por concluido, y si uno quería recomenzarlo, debía sacar la bola del hoyo, sacudiéndola. El juego estaba cubierto por un vidrio de forma abombada, se podía guardar en el bolsillo y llevar a cualquier sitio, y dondequiera que uno estuviese, siempre podía sacarlo y jugar... Cuando la bola estaba desocupada solía deambular por la meseta con las manos en la espalda. Evitaba los caminos.



En su opinión, ya la torturaban bastante durante el juego y bien podía reivindicar, por tanto, el derecho de recuperarse en el campo libre cuando no se jugaba. Caminaba abriendo exageradamente las piernas y afirmaba no estar hecha para senderos angostos. En parte era cierto, porque, en efecto, los caminos apenas tenían cabida para ella, pero era también falso, porque, de hecho, estaba minuciosamente adaptada a la anchura de los caminos; de todos modos, estos no podían ser cómodos, pues de lo contrario no se habría tratado de un *juego de paciencia*. (Kafka, 2006, p. 265)

He aquí pues la conversación que media entre el Gato de Cheshire, que sonrío al ver a Alicia, y esta niña que andaba desorientada:

«Parece risueño», pensó; pero tenía las uñas *muy* largas y muchos dientes grandes, así que decidió que era mejor tratarlo con el debido respeto. «Menino de Cheshire... ¿Podrías decirme, por favor, qué camino debo tomar desde aquí?»

– Eso depende de a dónde quieres llegar –contestó el gato.

– No me importa adónde... –empezó a decir Alicia.

– En ese caso, tampoco importa la dirección que tomes –le dijo el gato.

– Con tal de llegar a *algún* lado –acabó de decir Alicia.

– ¡Ah!, eso es fácil de conseguir –le dijo el gato. ¡No tienes más que seguir andando! (Carroll, 1986, p. 62)

Si caminas lo suficiente... Condición: no tanto para salir sino para lidiar la vida en el laberinto, según la fórmula de Santa Teresa cuando dice que en el convento de las Carmelitas: “lo difícil son los primeros treinta años”, y según la fórmula de Kafka, en la conclusión del cuento que comienza: “No era muy seguro que yo tuviera abogados” (Kafka, 2006, pp. 259-260). Este hombre busca a un abogado en el segundo piso de un edificio que no sabe si es un tribunal y en el que le parece que no está en el sitio adecuado:

Y sin embargo [se dice] no puedo devolverme, la pérdida de tiempo, la confesión de un error me resultarían insoportables. ¿Cómo? ¿Bajar corriendo las escaleras en esta vida breve, apresurada, acompañada de un impaciente zumbido? Imposible. El tiempo que se te ha concedido es tan breve que en cuanto hayas perdido un segundo, habrás



perdido toda tu vida, pues ésta no es más que eso: es siempre tan larga como el tiempo que pierdes. (Kafka, 2006, pp. 259-260)

El personaje reflexiona igual que el sujeto de Borges en el laberinto, e igual que el Gato de Cheshire con Alicia:

Una vez que has emprendido un camino, prosíguelo a todo trance, sólo puedes salir ganando, no corres ningún peligro, tal vez te precipites al vacío al final, pero si hubieras dado media vuelta después de los primeros pasos, si hubieras bajado corriendo las escaleras, te habrías despeñado en el comienzo mismo, no posiblemente sino con toda seguridad. Así pues, si no encuentras nada en estos pasillos, abre las puertas, y si no encuentras nada tras las puertas, habrá más pisos, y si no encuentras nada arriba, no importa, dirígete hacia lo alto por nuevas escaleras, pues mientras no ceses de ascender, los escalones no concluirán, bajo tus pies que trepan crecerán hacia arriba.

Alicia, curiosa por saber acerca de lo que puede llegar a toparse en el camino, le pregunta al Gato:

- ¿Cómo es la gente que vive por aquí?
  - En esa dirección –dijo el gato, señalando con la pata derecha- vive un *sombrero*, y por ese lado –hizo una seña con la otra pata- vive la *Liebre de Marzo*. Puedes visitar a cualquiera de los dos, ambos están locos.
  - Pero yo no quiero estar entre locos –comentó la niña.
  - ¡Ah!, pero eso no puedes evitarlo –le dijo el gato-, aquí estamos todos locos. Yo estoy loco. Y tú también.
  - ¿Y cómo sabe que estoy loca? –preguntó Alicia.
  - Tienes que estarlo a la fuerza –le contestó el gato-, de lo contrario, no estarías aquí.
- Alicia no creyó que eso probaba nada; sin embargo, continuó:
- ¿Y tú, cómo sabes que estás loco?
  - Para empezar –dijo el Gato-, los perros no están locos. ¿De acuerdo?
  - Supongo que sí –dijo Alicia.
  - Bueno –prosiguió el Gato-, te habrás dado cuenta de que un perro gruñe cuando está enojado y mueve la cola cuando está contento;



pues ocurre que yo gruño cuando estoy contento y muevo la cola cuando me enojo, eso prueba que estoy loco.

– Pero a eso que hacen los gatos se le llama *ronronear*, no gruñir –corrigió Alicia.

– ¡Llámalo como quieras! –dijo el gato. Por cierto, ¿vas a jugar hoy al críquet con la Reina?

– Me encantaría –dijo Alicia-, pero la verdad es que no he sido invitada.

– ¡Pues allá me verás! –dijo el gato y desapareció. (Carroll, 1986, p. 64)

Aunque el Sombrero y la Liebre de Marzo habitan cada uno en una dirección, las dos direcciones son inseparables. Ambos personajes se volvieron locos el día en que “mataron el tiempo” y el reloj quedó parado a las cinco de la tarde; se chiflaron cuando:

Destruyeron la medida, suprimieron las paradas y los reposos que remiten la cualidad a algo fijo. Mataron el presente, que ya no sobrevive entre ellos sino en la imagen dormida del lirón, su compañero torturado, pero que ya no subsiste tampoco sino en el momento abstracto, la hora del té, indefinidamente subdivisible en pasado y futuro. Por ello [el sombrero y la liebre de Marzo] cambian ahora de lugar sin cesar, siempre atrasados y adelantados en las dos direcciones a la vez, pero nunca a la hora. (Deleuze, 1989, p. 96)

### 13. Primero la sentencia y después el veredicto

La primera parte de *Las Aventuras de Alicia* termina con un proceso liderado por el Rey y la Reina de Corazones. En el juicio, Alicia acaba por ser acusada del robo de unas tortas. Pero ella ha crecido más de la cuenta en medio del proceso, en este caso sin comer ni beber nada. No solo está muy grande, sino que, además, se da cuenta de que el Rey y la Reina son meras cartas de póker. Así que no teme. A falta de pruebas para condenar a Alicia, el Rey se pone a escribir afanosamente en su libreta de notas y enseguida lee lo que acaba de anotar:





Artículo cuarenta y dos del Reglamento: *Todas aquellas personas que midan más de kilómetro y medio de altura deberán abandonar la sala.* En este punto, todo el mundo miró a Alicia. «¡Pero si yo no mido un kilómetro y medio de altura!» «Yo diría que sí», dijo el Rey. «¡No me extrañaría que midiera más de dos!», añadió la Reina. «Bueno, de cualquier modo, no pienso marcharme», dijo Alicia. «Además, esa regla no vale porque se la acaba de inventar usted». «Es el artículo más antiguo de todo el reglamento», aseguró el Rey. «En ese caso, sería el Artículo Número Uno», replicó Alicia. El Rey palideció al oír el alegato de Alicia y resolvió cerrar el reglamento rápidamente.

En el juicio por robo de tortas comparecen diversos testigos, pero no hay manera de sacar nada en claro; al contrario, las cosas se muestran cada vez más confusas. Con todo, el Rey llama la atención por su terquedad en juzgar y la Reina por su obstinación en mandar a decapitar hasta el final, cuando, por enésima vez, el Rey dice: “Y bien, señores del jurado, ¿cuál es su veredicto?” “No, no”, se apresuró a decir la Reina, “¡La sentencia primero!... ¡Tiempo habrá para el veredicto!” (Carroll, 1986, p. 118).

He aquí a un Carroll precursor, al que Guillermo Cabrera Infante hizo un homenaje en su ingeniosa novela *Tres tristes tigres*, uno que adivinó, Carroll, con su genio, una práctica que se dejaría venir profusamente con el correr del siglo XX, que Kafka captó en su momento con afilada clarividencia, y que sería pan de cada día para innumerables niños, niñas y jóvenes adolescentes en Colombia, desaparecidos y no, que sufren con todo rigor el tratamiento de la Reina y el tratamiento dado a los condenados en *La Colonia Penitenciaria* según el relato de Kafka, juzgados y condenados *de una* sin oportunidad ninguna de defenderse, “¡Primero la condena, después el veredicto!”.

Lewis Carroll, precursor, adivinó una práctica profusa con el correr del siglo XX, pan de cada día para innumerables niños, niñas y jóvenes en Colombia, desaparecidos y no, que sufren con todo rigor el tratamiento de la Reina –también el tratamiento dado a los condenados en *La Colonia Penitenciaria*, según relato de Kafka-, juzgados y condenados sin oportunidad de defenderse: “¡Primero la condena, después el veredicto!”.



En la colonia penitenciaria concebida por Kafka hay una máquina, manejada por un oficial-agente-de-la-justicia, que graba con “el rastrillo”, letra a letra, en la espalda desnuda del condenado: “la orden que ha infringido. A éste, por ejemplo [...] se le escribirá sobre el cuerpo: ¡Honra a tus superiores!”. A la pregunta de un viajero, al que le están presentando la máquina, sobre el condenado: “¿Conoce su condena?”, el oficial responde negativamente: “Sería inútil hacérsela saber. Lo experimenta en su propio cuerpo”. El viajero adelanta una conjetura: “Pero lo que sí sabe es que ha sido condenado, ¿no?”. “Tampoco, dijo el oficial”. “Entonces el hombre tampoco sabe aún cómo fue acogida su defensa [...] No ha tenido oportunidad de defenderse”. Más adelante el oficial resuelve cortar “por lo sano” las preguntas del viajero, cuando dice: “El principio por el que me rijo es: la culpa siempre es indudable”.

## 14. El *Nonsense* o Sinsentido es distinto del absurdo

La paradoja rompe con el buen sentido; éste señala una dirección que da ocasión a la previsión común, del pasado hacia el futuro, de la parte de las cosas a la parte del fuego. Es el tiempo de Cronos, Saturno que devora a sus criaturas, que pintó, ¡de qué manera!, Goya. Pero Alicia va a descubrir que habita más bien un tiempo paradójico, el de Aión, no el de Cronos. Ella es presa de un devenir, no porque afirme la dirección contraria del buen sentido, yendo del futuro hacia el pasado, sino porque pone en juego las dos direcciones a la vez, pues si Alicia crece, se vuelve más grande de lo que era, y a la vez, por ello mismo, se hace más pequeña de lo que devendrá.

Hay que decir que el sinsentido –como un cuchillo sin mango y sin hoja, como una sonrisa sin gato o una llama sin vela- es distinto de un contrasentido, de un absurdo, de una contradicción. Estas entidades, una montaña sin valle, una llama sin vela, son sinsentidos: imposibles a los que no se aplica el principio de contradicción. El ser de lo real: árbol, roca, nube, es la materia de las designaciones. El ser de lo posible es la forma de las significaciones. Darwin, por ejemplo, pronosticó la existencia de una mariposa singular, la mariposa esfinge, hasta el momento desconocida por los botánicos, al descubrir en Madagascar la Orquídea de Madagascar, que



requería de un polinizador con una trompa muy larga, capaz de llegar a lo hondo del cáliz profundo de la flor para impregnarse y fecundarla... El extra-ser, por su parte, define un mínimo común a lo real, a lo posible y a lo imposible. Así: “El principio de contradicción, nos dice Deleuze en su obra *Lógica del sentido*, se aplica a lo real y a lo posible, pero *no* a lo imposible de quien deriva, es decir a las paradojas, o, más bien, a lo que representan las paradojas” (Deleuze, 1989, p. 92).

En el mundo de Alicia abundan paradojas y sinsentidos, pero éstas no son absurdos; el absurdo tiene que ver con la significación; en cambio, el sentido está en otra dimensión de la proposición, está en *otra* parte. En la geometría de Euclides, un absurdo, una contradicción, sería un triángulo tal que la suma de sus ángulos interiores fuera mayor que 180 grados; ello va contra la razón euclidiana. No obstante, un triángulo con esa propiedad se encontrará en una geometría no-euclidiana. En cambio, figuras como un círculo cuadrado, una montaña sin valle, una sonrisa sin gato, un cuchillo sin mango ni hoja, aplaudir con una sola mano, no tienen ninguna significación y no dan lugar a designación alguna, pues no se encontrará jamás un círculo cuadrado ni se podrá aplaudir con una sola mano: no significan nada, *pero no por eso dejan de tener un sentido*. Son objetos imposibles, no absurdos, así que es importante distinguir las dos nociones, *absurdo* y *sinsentido* para no ser confundidos.

Se dice: *el mundo es absurdo* y se piensa que *absurdo* es falta de sentido, sinsentido; pero el sinsentido no se opone al sentido de la misma manera en que lo verdadero se opone a lo falso. Estos objetos imposibles, escribe Deleuze: “son objetos ‘sin patria’, en el exterior del ser, pero que tienen una posición precisa y distinta en el exterior: son el ‘extra-ser’, puros acontecimientos ideales inefectuales en un estado de cosas” (Deleuze, 1989, p. 56). Ellos mismos son sinsentidos y a la vez crean sentido, así como las paradojas dan lugar a la contradicción; no puede haber un círculo cuadrado, sin embargo, éste insiste, como insiste un cuchillo sin mango y sin hoja, como insiste el koan Zen: “Si alguien tiene un bastón, regálale un bastón; y si alguien no tiene bastón, quítaselo”.

## 15. Siguiendo la superficie al otro lado del espejo, donde las inversiones pululan

Alice Raikes, ya grande, relataría en el *London Times* cómo fue que su vecino Lewis Carroll, que oyó pronunciar su nombre un día cuando ella era niña, se acercó a saludar diciendo lo aficionado que era a las Alicias (la primera había sido Alice Liddell que inspiró la primera parte de *Alicia*). Carroll invitó enseguida a la niña a su casa, le dio una naranja para que la sostuviera en la mano derecha y se mirara al espejo: “¿En cuál mano tienes la naranja? [preguntó Carroll] En la derecha [respondió Alice] ¿Y en cuál mano sostiene la naranja la niña que ves en el espejo?”. “En la izquierda [dijo Alice] ¿Y cómo explicas eso? [Alice se quedó pensando y luego se aventuró a responder] “Si yo estuviera al otro lado del espejo, ¿no estaría la naranja todavía en mi mano derecha?”. Carroll quedó encantado con la respuesta, y años más tarde diría que le abrió una ventana para escribir *Alicia a través del espejo y lo que ella encontró allí*.

En la segunda parte de *Alicia* la niña quiere jugar con su gatito a pasar a través del espejo: “juguemos a que el cristal se hace blando como si fuera una gasa de forma que pudiéramos pasar a través. Pero ¿Cómo? ¡Si parece que se está empañando ahora mismo y convirtiéndose en una especie de niebla!”. Y en efecto, el cristal del espejo se estaba disolviendo, deshaciéndose entre las manos de Alicia como si fuera una bruma plateada y brillante. Un instante más y Alicia había pasado a través del cristal y saltaba con ligereza en el cuarto del otro lado (Carroll, 1998, pp. 41-42).

Una vez cruza el espejo, Alicia empieza a mirar atentamente a su alrededor y se percató de que todo lo que podía verse desde el antiguo salón es bastante corriente y de poco interés, pero que todo lo demás era sumamente distinto. Una vez cruza el espejo las cosas se invierten. De hecho, si ahora quiere ir a la derecha tendrá que ir a la izquierda, y viceversa. En el tren, el revisor le dice a Alicia que va en la dirección equivocada, y que por tanto tiene que ir en la dirección contraria a la que ella se dirige si quiere llegar a destino. Ocurre que si quiere acercarse a una cosa o a una persona que ve a distancia, tiene que alejarse de la cosa o de la persona. En la casa del espejo se grita antes de darse en el dedo con el martillo, se chilla





antes de chuzarse con la aguja y el castigo se aplica antes de cometida la falta. El Caballero Blanco mete el pie derecho en el zapato izquierdo, Alicia sangra antes de herirse y reparte el pastel del León y el Unicornio antes de partirlo; el Rey usa dos mensajeros: uno para ir y otro para venir, las galletas más secas sirven para aplacar la sed, ¡uno tiene que correr para permanecer en el mismo lugar...!

A la Casa del Espejo se ha entrado, no cayendo por un hueco, tal como se entra al mundo subterráneo de la primera parte, sino siguiendo, lo suficiente, en la superficie y en la misma dirección, de manera que la inversión de derecha a izquierda sustituye la caída en profundidad. El mundo del espejo es el mundo del *nonsense*, el de la paradoja, del sentido proyectado en ambas direcciones como efecto de una duplicación casi especular. Teniendo en cuenta el buen sentido de Alicia y el *nonsense* de los personajes que encuentra, desde el punto de vista de la niña es imposible la previsión, es decir, el buen sentido...

## 16. ¿Para qué sirven los nombres? Pérdida de la memoria

Alicia encuentra al Mosquito, que tiene más o menos el mismo tamaño de ella, y éste le pregunta: “¿Cuáles son los insectos que te *encantan*?”. “A mí no me *encanta* ningún insecto [explicó Alicia] porque me dan algo de miedo..., al menos los grandes. Pero, en cambio, puedo decirte los nombres de algunos”. “Por supuesto que responderán por sus nombres [observó descuidadamente el Mosquito] “Nunca me lo ha parecido”. “Entonces ¿de qué sirve que tengan nombres, si no responden cuando los llaman?”. “A ellos no les sirve de nada [explicó Alicia] pero sí les sirve a las personas que les dan los nombres, supongo. Si no, ¿por qué tienen nombre las cosas?”. “¡Vaya uno a saber! [replicó el Mosquito] “Es más, te diré que en ese bosque, allá abajo, las cosas no tienen nombre” (Carroll, 1998, p. 74).

Alicia entra efectivamente al bosque, aunque no quisiera perder su nombre, y si así fuera, piensa: “¡lo divertido sería buscar a la criatura a la que le hayan dado el mío! ¡Qué gracioso será llamar a todo lo que viera *Alicia* hasta que algo o alguien respondiera!... Bueno, al menos vale la pena”,



dijo mientras se adentraba bajo los árboles, “después de haber pasado tanto calor, entrar aquí en este... en este... ¿en este qué?”, repetía bastante sorprendida de no poder acordarse de cómo se llamaba aquello. “Y ahora, ¿quién soy yo? ¡Vaya si me acordaré! Estoy decidida a hacerlo”. Pero de nada le valía toda su determinación, y todo lo que pudo decir, después de escarbar mucho su memoria, fue: “L. ¡Estoy segura que empieza por L!” [por Alice Liddell]. La niña sale del bosque y vuelve a recordar su nombre (Carroll, 1998, p. 79).

## 17. Mientras más se diferencian más se parecen

La niña camina y camina durante un buen trecho y, sin embargo, cada vez que el camino se bifurca se encuentra con las mismas señales, unos índices de manos apuntando en la misma dirección. Uno decía: “A casa de Tararí” y el otro decía: “A casa de Tarará”. Gemelos, salvo porque uno es la imagen en el espejo del otro. Actúan distinto, y hasta pelean; sin embargo: “cuanto más se diferencian más nos parecen iguales”. La pelea entre Tararí y Tarará, porque uno le quitó un sonajero al otro y lo echó a perder, evoca terribles guerras civiles de una época anterior a los Tudor en Inglaterra, en la que el pueblo llevó del bulto en manos de facciones, en el fondo, muy parecidas o idénticas, y que al pueblo muy poco le importaban, algo que se parece demasiado al llamado Conflicto armado en Colombia, referido a las confrontaciones entre facciones, fueran liberales o conservadores, fueran guerrillas, paramilitares o ejército, aunque el trofeo sea algo más que un sonajero. Las minorías en Colombia han llevado parejo y siempre del bulto, han sido presa del afán de hacer Estado común al Estado establecido, a las guerrillas y a los paramilitares, que cuanto más se diferencian, porque son distintos, más parecen iguales. Todos quieren mandar y todos cobran un tributo por mandar, y por proteger a la población, según dicen..., del Miedo que ellos mismos esparcen...

En el combate nunca llevado a cabo entre Tararí y Tarará, la irrupción de un monstruoso cuervo: “más negro que todo un barril de alquitrán y tan grande que eclipsó el sol de la tarde hizo que nuestros héroes se asustaran tanto que se olvidaron de todos sus duelos”.



Algo como la llegada del Cuervo puede llegar a ocurrir en la actual y muy vieja Guerra que el Hombre ha hecho contra el Mundo, desde la cuna, desde el origen. Hombre que parecía indefenso e incapaz de hacer más daño que el que implicaba alimentarse y sobrevivir, mientras la Tierra parecía maligna y omnipotente. Ahora ésta, afectada por la actual desglaciación y crecida de los mares, puede replicar en la forma de un colosal Cuervo Negro que hará que, tal vez los hombres, como cuando se está hundiendo un barco sin balsas de salvamento, dejen de combatir entre sí y dejen de combatir contra el Mundo para unirse y aunar esfuerzos tendientes a la recuperación del barco en peligro de zozobra (Serres, 2008).

La pintura de los dos colosos en combate a garrotazos sobre arenas movedizas, de Goya, suscita la idea del espectador que apuesta por uno u otro de los combatientes: ¿Tarará o Tarará? Cuanto mayor es el furor en el combate, más se hunden los dos contrincantes en el cieno. ¿Quién ganará? ¡Pues hay un tercer contrincante, la Tierra! ¿Ganará la Tierra hundiendo a ambos colosos?

## Bibliografía

---

- Bernhard, Th. (2003) *La Calera*. Madrid: Alianza
- Butler, S. (2012) *Erewhon*. Madrid: Akal
- Carroll, L. (1984) *A través del espejo y lo que Alicia encontró al otro lado*. Madrid: Alianza
- Carroll, L. (1986) *Las aventuras de Alicia*. Madrid: Castellana - E. G. Anaya
- Carroll, L. (2000) *Alicia en el país de las maravillas*. México: Porrúa
- Carroll, L. (2003) *Alicia en el país de las maravillas*. México: Grupo Editorial Tomo
- Chesterton, G. K. (2012) Los libros y la locura y otros ensayos. *Leer y Re-leer (67)* Medellín: Universidad de Antioquia - Sistema de Bibliotecas.
- Conrad, J. (2013) *El corazón de las tinieblas*. Barcelona: Juventud
- Cortázar, Julio (1995) *Historias de Cronopios y de Famas*. Buenos Aires: Alfaguara
- Deleuze, G. (1989). *Lógica del sentido*. Barcelona: Paidós.
- Dickinson, Emily (2006). *En mi flor me he escondido*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Emerson, R. W. (1996). *Confianza en sí mismo*. Madrid: Ediciones 29.
- Foucault, M. (2010). *El coraje de la verdad: el gobierno de sí y de los otros II*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S (1978) *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu
- Hoffmann, E. T. A. (2000) *El hombre de la arena*. Buenos Aires: Estrada







Kafka, F. (2006). El silencio de las sirenas. *Escritos y fragmentos póstumos*. Madrid: De Bolsillo.

Nietzsche, F (1994). *El Anticristo*. Madrid: Alianza

Platón (1999) *Crátilo*. Madrid: Gredos

Rewald J. (1986) *Cezanne: a biography*. New York: H.N. Abrams

Serres, M. (1991) *Le tiers instruit*. París: Francois Bourin

Serres, M. (1997) *Hermes IV. La distribution*. París: Minuit

Serres, M. (2001). *Hominiscence*. París: Le Pommier

Serres, M. (2003) *L'incandescent*. París: Le Pommier

Serres, M. (2004) *El contrato natural*. Valencia: Pre-Textos

Serres, M. (2007). *Le mal propre*. París: Le Pommier

Swift, J. (2014). *Los Viajes de Gulliver*. Madrid: Sexto Piso

Woolf, Virginia (1974). *The moment and other essays*. Philadelphia: Harvest Book



Calle 59A No. 63-20, Autopista Norte,  
Núcleo El Volador, Bloque 43, oficina. 419

Conmutador: (57-4) 430 98 88 Ext. 46218 Fax: (57-4) 260 44 51

Correo electrónico: [redestetica\\_med@unal.edu.co](mailto:redestetica_med@unal.edu.co)

Medellín, Colombia, Sur América